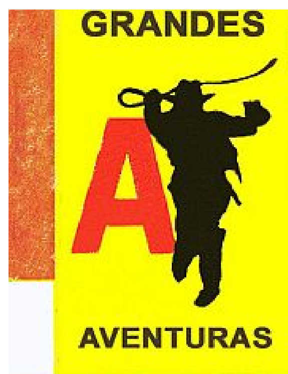




RALLY BEIRUT...¡MUERTE!

El *rally* de Montecarlo es famoso entre los deportistas. El París-Dakar entre los aventureros. Éste sólo fue conocido por Indy, y creyó que nunca podría contarlo. Todos eran sus enemigos. Todos querían matarle. Todos pretendían engañarle. Todos… contra todos… y él en medio. Fue lo Indiana James siempre recordará como… «*Rally* Beirut… ¡Muerte!».



Indiana James

Rally Beirut… ¡Muerte!

Bolsilibros - Indiana James - 24

ePub r1.0
LDS 04.05.18

Título original: *Rally Beirut… ¡Muerte!*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

No se puede dudar de la eficacia de la policía peruana. Lo descubrí cuando el sonido de las hélices de sus helicópteros llegó hasta mí.

Afortunadamente, me habían localizado.

Afortunadamente, a pesar de que estaba más rodeado de muertos que un tenor al final de una ópera: la chica, los nazis, los cazadores de nazis…

Pero, por otra parte, mi situación no era nada de envidiable; estaba sumergido en la nieve hasta las rodillas, sin equipo contra el frío, sin dinero… y a nadie se le había ocurrido poner una cabina pública de teléfonos en este abandonado rincón de los Andes.

Así que… ¡Bien venida la policía!

Agité mis brazos con más energías que si pretendiera volar.

No era necesaria mucha capacidad visual para localizarme. Estaba precisamente en medio de la mancha roja, color de sangre.

Los dos helicópteros comenzaron a sobrevolarme, mientras sus hélices levantaban una inmensa tempestad de copos de nieve que me impedían la visibilidad. Se trataba de dos Sikorsky S-61, de más de veinte metros de longitud, similares a los que utiliza la marina USA para el rescate de sus astronautas.

Lo último que vi antes de que la ventisca me cegase, fue a una chica pelirroja que desde uno de aquellos aparatos me apuntaba con el teleobjetivo de su máquina de fotografiar.

Después «oí» cómo los aparatos desaceleraban sus motores al tomar tierra, y comencé a escuchar varias voces entre la niebla blanca que me rodeaba:

—¡Déjeme, salvaje! Estoy cumpliendo con mi obligación.

—Maldita «gringa» —replicó una voz masculina.

Antes de que pudiera hacer nada, un par de personas surgieron de la nada y se dispusieron a colocarme un par de esposas.

La chica pelirroja se situó frente a mí y comenzó a disparar su máquina.

—Soy Lorna Flannigan, periodista independiente —me explicó sin dejar de fotografiarme, disparar.

—Perdone que no estreche su mano, pero ahora mismo estoy ocupado.

—¡Silencio! —gritó uno de los dos policías.

Los dos helicópteros habían dejado de hacer girar sus rotores y la nieve volvía a desaparecer de alrededor mío para situarse donde debía, a mis pies.

Vi cómo un tipo de paisano con cara de pocos amigos, se acercaba a mí con paso cansino.

Lorna, la pelirroja, le interceptó airadamente:

—¿Por qué no le dejan hablar conmigo? ¿Está detenido? ¿De qué se le acusa? ¿Tienen pruebas?

El policía de paisano se detuvo ante aquella muralla de preguntas, y volviéndose hacia uno de los hombres de uniforme, añadió:

—Apártenla de mi vista.

Dos gruesos policías cogieron a Lorna por debajo de los sobacos y, entre chillidos y pataleos, la arrastraron hasta uno de los helicópteros.

Después, se acercó a mí y, observando el paisaje, me dijo:

—Me llamo Mendoza, comisario Mendoza, y supongo que tendrá una explicación para todo esto.

—Sí, pero es larga y éste no es el lugar adecuado para una charla.

Aunque parezca mentira, aquel tipo sonrió.

—¡Caramba! ¡Vaya una sorpresa! Generalmente, cuando detengo a un súbdito norteamericano sólo dice que quiere llamar a su embajada y que él pasaba por allí.

Se giró y vio cómo sus hombres habían metido a la chica en el helicóptero, después se volvió hacia mí sin dejar de sonreír y me hundió un puño en el estómago.

—El «paisaje» que te rodea es como para trescientos años de cárcel… —me dijo por toda explicación—. Ahora quiero que aquí

mismo, me expliques lo que ha pasado.

No cabía ninguna duda sobre la eficacia de su sistema de interrogar.

Me llevaron a empujones hasta el helicóptero donde no estaba la pelirroja y siguieron dándome unos cuantos golpes, mientras despegábamos.

El comisario Mendoza se acercó a mi oído y me dijo:

—¿Drogas?

—Nazis —repliqué yo[1].

Volvió a reír.

—Me han hecho insultos más originales.

—No. Me refiero a que muchos de esos tipos de ahí fuera…

—De esos cadáveres… —me corrigió.

—Eso. Muchos de esos cadáveres son nazis. Otros son judíos cazadores de nazis.

—Ya —me interrumpió el comisario con ironía—. Y dos chicos de la KGB, tres de la CIA, dos palestinos, un esquimal, y un par de beduinos con sus camellos… ¿No es así?

No me dio tiempo a decirle que estaba equivocado, me golpeó de nuevo con un cable.

—En cuanto lleguemos a mi comisaría te voy a quitar las ganas de contar novelas —dijo amenazadoramente.

Si le llego a decir que me gano la vida escribiéndolas, seguro que vuelve a sentarle mal y me da otra dosis de su «medicina».

Durante el viaje, el resto de los policías decidieron hacer méritos delante de su jefe, y para demostrarle que eran buenos alumnos, se dedicaron a golpearme entre risas y bromas.

Llegué a la ciudad convertido en un saco de moraduras y dolores. Allí me hicieron descender hasta los lóbregos sótanos de la comisaría y uno de los policías, mientras me arrojaba sobre una tabla que hacía las veces de cama, me dijo:

—Ponte cómodo, que ahora vendrá el comisario a visitarte.

Tardó más de media hora en hacerlo y cuando vino, me sorprendió con la pregunta que más temía:

—¿Cómo te llamas?

—No se lo va a creer, pero mi nombre es… Indiana, Indiana James.

¡*CRACK*!, hizo su puño contra mí barbilla.

—¿Cómo te llamas?

—Indiana James.

¡*CRACK*!, ¡*CRACK*, CATACRAAAACK!

—¿Cómo te llamas?

—Ned Abercrombie.

—Eso está mejor, no me gusta que me mientan. Ahora sigamos. ¿Qué ha sucedido allá arriba?

Si le había costado tanto creerse mi nombre, no quería ni pensar en el esfuerzo que le iba a suponer tragarse mi historia. ¡Tenía que inventarle una a su medida!

—Todo empezó hace unos días, cuando yo me dirigía hacia la Antártida para buscar petróleo…

Unos golpes en la puerta distrajeron su atención de mi historia. Entró un policía que se cuadró en la puerta.

—Le llama la secretaria del embajador norteamericano.

El comisario Mendoza dio un prolongado suspiro y se dispuso a levantarse de la silla. Antes de que lo hubiera conseguido, entró otro policía.

—Por el teléfono directo tiene el subsecretario del ministro de Interior. También han llamado unos periodistas del Washington *Post*, del Times, del Newsweek… Todos están interesados por el detenido.

El comisario Mendoza me miró pensativo durante unos segundos y salió de mi celda. Volvió al cabo de media hora, y en la mano llevaba un ejemplar de mi novela «La amenaza invisible».[2]

—¿Escribe usted esto?

Asentí con la cabeza. Mendoza observó atentamente la portada y dijo:

—No se parece usted en nada.

—Eso no es culpa mía —contesté.

—Y además se llama… Indiana James.

Era un tipo inteligente: no me preguntó por qué le había mentido. Se limitó a sonreírme y pedir que me soltaran las esposas.

—Un error lo tiene cualquiera… —comenzó a disculparse—. No sabía que usted era familia del presidente de los Estados Unidos, y un escritor famoso, además. Espero que sepa disculparme, pero en las condiciones en las que nos conocimos…

Le sonreí, y él me tendió su mano.

Yo se la estreché, con fuerza, con mucha fuerza.

Y cuando la tenía bien sujeta, le lancé un directo con la izquierda que le puso la barbilla entre las cejas.

Después me sacudí el polvo y salí al exterior ante el estupor del policía de uniforme que no se atrevió a intervenir.

Otro policía me escoltó hasta la calle, mientras yo me hacía un buen puñado de preguntas: ¿Quién le había dado mi novela al comisario Mendoza? ¿De dónde había sacado que yo era familia del presidente? ¿Cómo sabía el embajador que me habían detenido? ¿Y el Ministerio del Interior?

—Hola. ¿Todo ha ido bien? —me preguntó una voz a mis espaldas.

Me giré en seco. Era la pelirroja, que me tendía un cigarrillo. Lo acepté y dejé que el humo llenara mis pulmones antes de contestar:

—Más o menos. Me han dado algún golpe, pero todavía no sé qué o quién me ha salvado.

A la pelirroja se le iluminó la cara al oír aquello.

—Te he salvado yo: Lorna Flannigan. También conocida como Ruth Purdy, secretaria del embajador USA. Y como Elena Santos, del Ministerio del Interior.

—¿Pretendes decirme que tú… te has hecho pasar por…?

—Es muy fácil: sólo se necesitan unas monedas, una cabina telefónica y un poco de psicología para saber que estos funcionarios de provincias se asustan al oír el nombre de un pez gordo.

—Y… ¿Cómo has averiguado quién era yo?

Se sonrió malignamente.

—Eso es parte del secreto profesional. Todos los periodistas tenemos nuestros «trucos», y nunca los revelamos a los competidores. Ahora, a cambio de haberte librado de una «incómoda situación» sólo quiero que me cuentes lo que sucedió allá arriba con los nazis y demás. Y que me dejes publicar la exclusiva.

Era un precio muy razonable que yo estaba dispuesto a pagar de inmediato.

—¿Dónde te alojas? Podemos ir a tu hotel y allí te lo cuento todo.

—No me parece una buena idea. En cuanto que Mendoza descubra cómo le hemos tornado el pelo…

Tenía toda la razón. Esta chica empezaba a gustarme. Era capaz de solucionar difíciles papeletas, usaba la cabeza, poseía una fértil imaginación, parecía simpática… y tenía un tipo que hubiera hecho palidecer de envidia a Marilyn Monroe.

—Convendrá que salgamos cuanto antes del país —dije yo.

Me enseñó un par de billetes, mientras decía:

—¿Te apetece contarme tu historia en Casablanca?

Me apetecía. ¡Claro que me apetecía!

Paramos un taxi y salimos hacia el aeropuerto. El avión despegaba en una hora y media; el tiempo justo para llegar, tomar un bocadillo y embarcar.

Todo el trayecto estuvo jalonado por el inquietante ulular de las sirenas de varios coches de policía, lo que contribuyó a alterar aún más, mi sistema nervioso. Cada vez que alguno de esos vehículos nos adelantaba o nos cruzábamos con él, yo sentía que se dirigían a por mí.

Conseguimos llegar hasta el aeropuerto sin mayores problemas. Lorna se volvía loca fotografiándolo todo, como sí se tratara de la primicia de una «noticia bomba».

Entre ¡Click! y ¡Click! de su Olympus OM-1 se ocupó en ponerme en antecedentes de su vida:

—Tengo veintitrés años. Soy soltera y sin compromiso. No trabajo para ninguna revista; hago mis reportajes y los vendo a la que mejor paga.

—¿Cuántos has vendido hasta ahora? —pregunté.

—Ninguno. Éste va a ser el primero. ¡Mejor dicho, los dos primeros!

Debí de poner cara de extrañeza, porque se apresuró a aclararme:

—Uno será tu aventura contra los nazis. Y el segundo… ¡Caramba…! Ya puedo ver los titulares de la prensa:

Joven Periodista Rescata al Famoso Aventurero Indiana James, con Habiles Trucos.

No me atreví a desilusionarla, pero dudaba mucho de que

ningún periódico le dedicase tantas palabras a nadie que hubiera salvado mi vida.

Mientras comíamos un ligero bocadillo de algo que no me atreví a preguntar qué era, Lorna Flannigan siguió narrándome su «curriculum».

Era la hija pequeña de un magnate petrolífero de Texas. Y estaba completamente decidida a abrirse un hueco entre la profesión periodística, sin tener que recurrir a las influencias de «papá»… pero, también, sin renunciar a su generosa asignación mensual. Una «propina» que casi hubiera servido de presupuesto mensual para un país tercermundista.

He de confesarles que la chica me resultaba muy simpática. Tenía valor, inteligencia, dinero… y unas medidas que le podían hacer «*Miss* Mundo». Vestía con gusto, pero sin sofisticación: una camisa a cuadros, unos *jeans* ajustados, ¡muy ajustados!, y una cazadora de piel. Llevaba al hombro un bolso del tamaño de un baúl, del que sacaba frecuentemente su máquina de fotografiar.

Pasamos a la zona de embarque sin mayores problemas. El aduanero ni siquiera se fijó en la foto de mi pasaporte, gracias a que Lorna había dejado su camisa abierta un par de botones más de lo que indican las normas más indispensables de la decencia.

He de añadir que yo tampoco me fijé excesivamente en la cara del funcionario de aduanas.

—¿Te gusta mi camisa? —preguntó ella con picardía.

Sonreí como un estúpido y ella añadió:

—Me parece que tú y yo vamos a hacer una buena pareja. ¡Hasta podíamos dedicarnos a escribir juntos algunos reportajes!

No era aquello lo que quería hacer junto con ella. O, por lo menos, no sólo aquello.

Subimos al avión y nos colocamos en nuestros asientos; era un bloque de tres, y el último ya estaba ocupado por un individuo correctamente vestido que levantó sus ojos de una revista de economía y los dejó clavados en el escote de Lorna.

—Herman Hecht —dijo tendiéndonos la mano.

Se la estreché antes de que llegara a los pechos de Loma e intenté sentarme entre ellos, para protegerla, pero la chica me indicó el otro asiento.

Era una de sus costumbres: mandar. Hasta aquel momento yo

me había sentido muy cómodo dejando que ella organizase, y financiase, toda la escapada, pero comencé a tener la sensación de que si no le paraba un poquito los pies, Loma me iba a considerar como un juguete que podía manejar a su antojo.

El vuelo aterrizaba en Río de Janeiro y, desde allí saltaba hacia Casablanca sin más escalas. Era un recorrido largo, de un montón de horas.

Lorna había entablado una animada conversación con nuestro «compañero», así que yo decidí dar un descanso a mi cuerpo y dormir unas pocas horas para estar en plena forma cuando me encerrase a solas con la periodista para «contarle mi vida y mis hazañas».

Bajé una manta del cajón que había sobre mi cabeza, me quité los zapatos y me puse los «pikys» que nos habían dado las azafatas.

Me apoderé de un periódico local y di un vistazo a los titulares. Nada importante: nuevos enfrentamientos en Beirut, una importante red de droga desarticulada en el Perú y de la que habían escapado los «peces gordos»… y ni una sola palabra de «lo mío». Posiblemente lo camuflarían bajo la red de traficantes de droga y así se ahorrarían más explicaciones.

Para ayudarme a coger el sueño, nada mejor que la revista que había abandonado nuestro compañero, al empezar a charlar con Lorna.

Elegí un artículo muy apropiado a mis intenciones:

CONSECUENCIAS DEL DEFICIT DEL TESORO SOBRE LA BALANZA DE PAGOS CON LOS PAISES DE AREAS ECONOMICAS LEJANAS.

Al llegar a la segunda línea estaba completamente dormido, y permanecí así a lo largo de varias horas. No me desperté para la comida, ni en la escala de Río de Janeiro, ni cuando volvimos a emprender la ruta.

Amanecí sobre el océano Atlántico mientras Lorna dormía profundamente, al igual que nuestro «compañero». La chica, para dormirse, se había vuelto hacia mí, había tomado mi mano y la había apoyado en su regazo. Era todo un síntoma de que nuestro

«brillante economista» no se había abierto camino en su vida.

Aproveché para estudiar atentamente a la chica. Ahora, mientras dormía, su rostro permanecía relajado. Sus facciones eran muy agradables, sus labios carnosos y unas pequeñas pecas repartidas por las mejillas, contribuían a darle un aspecto de «chica rebelde» que me gustaba mucho. Unas ligeras ojeras, con aspecto de llevar varios años hospedadas en su rostro, me dieron a entender que no se trataba del tipo de mujer que malgasta la noche únicamente en dormir.

Me sentía feliz; en pocas horas había saltado desde el porvenir más negro, hasta un futuro prometedor de paraísos, lujos y lujuria. ¿Qué más se podía pedir?

Pedí un *whisky* a la azafata.

Observé sus piernas y el contoneo de sus caderas mientras se dirigía a cumplimentar mi pedido.

Lorna me estaba espiando a mí.

—Me gustan los hombres infieles —me dijo sonriendo con picardía—. Constantemente han de esforzarse por hacerse perdonar cosas…

Era toda una filosofía de la vida. Una forma de pensar que me resultaba muy agradable.

Allí, a bordo de aquel Jumbo, estaba en el cielo. Y nunca mejor dicho.

Y alguien me bajó al infierno.

Una voz áspera y rugosa comenzó a gritar en medio del pasillo:

—¡Quietos todos! No se alarmen, pero no hagan ninguna tontería: ¡¡ESTO ES UN SECUESTRO!!

CAPÍTULO II

Si hubiera tenido que buscar un rostro para el diablo que acababa de sacarme del paraíso, hubiera sido difícil elegir uno mejor que el que poseía el tipo que había dado el grito.

Tendría unos treinta años, alto y delgado, de tez morena, ojos vivos y penetrantes, nariz prominente, y una cuidada perilla. En su mano derecha esgrimía una granada que me pareció tan grande como un melón.

Nada más terminar de hablar, todo un coro de gritos y llantos se expandió por el interior del avión. Unos pocos pasajeros mostraron su intención de levantarse de sus asientos. Pero el árabe los detuvo con sólo un gesto de sus ojos.

Casi sin que nos diéramos cuenta, cuatro tipos más se habían levantado y nos mostraban otras granadas de mano.

Un sexto salió de la cabina de mandos y, a la vez que decía algo en árabe, hizo a sus compañeros un gesto de conformidad, uniendo el índice y el pulgar.

El que había hablado en primer lugar volvió a dirigirse a nosotros:

—Vuelvo a repetirles que no tienen de qué preocuparse. ¡Todo está ya controlado! Nos dirigimos hacia el Líbano, hacia Beirut.

«Hacia el infierno», pensé yo.

Herman Hecht se había parapetado tras su revista, como si la foto de Rockefeller de la portada, pudiera protegerle, Lorna, cámara en ristre, intentaba fotografiar a los tipos de las granadas de mano.

Le clavé un codo en las costillas y le obligué a sentarse de nuevo.

—Permanece tranquila, nena. Esta gente no es muy amiga de ver sus rostros en la prensa.

Lorna boqueó unos segundos, buscando un poco de aire que llegase hasta sus pulmones, y después, cuando lo consiguió, vi cómo se acaloraba y clavaba en mí sus dos ojos.

—Escucha tú… ¡aventurero de opereta! —me dijo rabiosamente —. Yo sé cuidar de mí misma. Por mi experiencia contigo, dudo que tú seas capaz de hacer lo mismo, así que procura no entorpecerme.

Y antes de que yo pudiera añadir nada, saltó limpiamente Sobre mis piernas y comenzó a caminar por el pasillo, con las manos en alto, hacia el tipo que había hablado en primer lugar:

—No te preocupes, ni te pongas nervioso. Soy periodista, quiero hacerte una entrevista. Cuando todo esto acabe, si termina bien, podré dar mucha publicidad a tu causa, a los motivos que te han empujado a tomar una decisión tan peligrosa para ti.

El árabe hizo un primer gesto de alzar la bomba, pero no continuó. Lorna estaba utilizando el mismo tono que se emplea para dormir a un bebé, hablándole de una forma lenta y reposada que parecía estar dándole buenos resultados.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la periodista.

—Mahmoud Mussavi —replicó el terrorista, manso como un corderito.

—¿A qué organización perteneces?

—A las Milicias Ateas de Alá. Hacemos esto para lograr la excarcelación de dos de nuestros compatriotas, presos en Alemania.

Sorprendentemente, Lorna estaba consiguiendo que Mahmoud respondiera a todas sus preguntas. Incluso logró que posara para ella, manteniendo en alto la granada con ambas manos, como si se tratara de la Copa del Campeonato Mundial de Fútbol.

—¿Puedo entrevistar a tus compañeros? —preguntó Lorna exagerando su inclinación ante Mahmoud y dejándole que observara el Edén que se escondía bajo su camisa.

—Puedes hacerlo. Pero no creo que te entiendan, ya que ninguno de ellos habla otra cosa que libanés.

Pidió permiso para hablar con el comandante de la nave y Mahmoud se lo concedió.

Durante las tres horas siguientes, Lorna se dedicó a recorrer el avión de una punta a otra, consolando a algunos pasajeros, entrevistando a otros, calmando a los secuestradores, trayendo noticias de la cabina de mandos…

Se había convertido en la «protagonista de la película».

Después, se encerró con el comandante y el copiloto y permaneció allí un buen número de horas, las suficientes para hacer que yo me inquietara pensando que podía haberle sucedido alguna cosa.

Herman Hecht, que estaba sentado al lado de una ventanilla, miraba nerviosamente hacia el exterior.

—¿Reconoces la zona que sobrevolamos?

Sin decir nada, tremendamente pálido, negó con la cabeza. Después, tragó saliva varias veces y comenzó a balbucear.

—Nos… nos van a… ¡atacar! ¡Se están acercando aviones de caza!

Salté sobre el asiento que había dejado libre la chica, me coloqué sobre las rodillas del economista, y di un vistazo al exterior.

Era cierto que varios aviones nos estaban rodeando; se trataba de cinco Lockheed F-104 «Starfighter» con el emblema italiano pintado en su fuselaje.

Eso sólo podía significar que estábamos sobrevolando el Mediterráneo y que no tardaríamos más de tres horas en llegar a Beirut. Supuse que las Fuerzas Aéreas de los diferentes países que estábamos sobrevolando se encargaban de vigilarnos de cerca.

Estaba muy claro que, antes de tres horas, íbamos a estar «quemándonos en el infierno».

Y también estaba clarísimo que sólo dos personas podíamos hacer algo por salvar a toda aquella gente: Lorna y yo.

Ella estaba entreteniendo y tranquilizando a los secuestradores.

A mí me tocaba lo más «fácil»: poner a salvo a aquellas trescientas y pico aterrorizadas personas que componían el pasaje y la tripulación del avión.

En aquel preciso instante, cuando me di cuenta de qué era lo que se esperaba de mí, comencé a examinar la situación del Jumbo, bajo su aspecto puramente militar.

Había seis individuos, uno de ellos en la cabina de pilotaje, y los otros cinco repartidos estratégicamente entre los pasajeros. Todos llevaban granadas de mano y al menor incidente las harían estallar provocando un desastre, de eso no me cabía ninguna duda. Aunque

no supieran hablar inglés, la decisión y el fanatismo que podía leerse en sus rostros era muy elocuente.

El pasaje comenzaba a dar síntomas de estar llegando al límite de su capacidad de aguante; varias personas se habían desmayado, los niños comenzaban a llorar, algunos adultos estaban vomitando…

¡Había que hacer algo rápido!

Mientras me estrujaba los sesos buscando una solución para aquel *puzzle* mortal, Lorna salió de la cabina y se acercó a mí sonriente. Antes de que pudiera haber hablado Mahmoud se nos acercó.

—Todo controlado —me dijo con el mismo tono que podía haberme anunciado que había conseguido reservar mesa para cenar en el Maxim's aquella misma noche.

—Me alegro —repliqué yo, intentando utilizar el mismo tono jovial—. ¿Dónde nos apeamos?

—En Beirut, por supuesto. Hemos estado hablando con el jefe del comando, un chico muy simpático que va en la cabina de mandos. A ellos sólo les interesan los alemanes, para poderlos canjear por sus compañeros presos en la cárcel de Dusseldorf. Así que hemos consultado la lista de pasaje, y sólo hay uno.

No hizo falta que nos dijera su nombre. Herman Hecht dio un alarido y se desmayó sobre su asiento.

No me atreví a expresarlo en voz alta, pero de todas las soluciones posibles, aquélla era la que más me satisfacía, Herman Hecht no era una persona que me hubiera resultado particularmente simpático.

Lorna prosiguió con sus explicaciones:

—Por suerte, he conseguido que nos permitan acompañarle. Me ha costado un poco, pero los he convencido.

Me quedé con la boca abierta. Mahmoud me dio unas palmadas de compañerismo en el hombro y después se retiró a su «puesto de combate».

Yo atrapé a Lorna por la muñeca y la obligué a sentarse en el asiento.

—¿Puedes explicarme eso de que «los has convencido para que

nos secuestren»? —pregunté furioso. Ella sonrió, como una niña, antes de responderme.

—Me ha costado un poco, pero he sabido utilizar todos los argumentos: que les beneficiará mucho la publicidad que podemos dar a su causa, que ayudaremos a que Herman no se desmorone psicológicamente…

—Espera un momento —grité al borde de la histeria—. Me parece muy bien que tú quieras acompañar a este guapo chico, pero… ¿qué tengo que ver yo en esta historia?

Lorna me dio un cariñoso pellizco en la mejilla, a la vez que me sonreía y me preguntaba:

—¿Celoso? Así me gustan a mí los hombres. Pero no te preocupes, no lo he hecho porque esté enamorada de él, sino porque es una ocasión única para hacer un buen reportaje sobre los secuestros en el Líbano. ¡Nos puede lanzar a la fama!

Respiré hondo antes de contestarle. Y lo hice con todo mi cinismo:

—Escucha Lorna: yo no tengo ninguna necesidad de ser lanzado y estrellarme contra la fama. ¡Hace muchos años que soy famoso! Si quieres notoriedad, te la dejo para ti sola. No quiero robarte el protagonismo de esta exclusiva periodística. Tú la has trabajado y sólo tú mereces el honor de poner el nombre al pie de cada artículo.

—¡Somos socios! —dijo ella dando por zanjada la cuestión y levantándose del asiento.

—¡Espera un momento! —gritó yo a punto de caer en una crisis nerviosa—. No tengo ningunas ganas de meterme en la boca del lobo. Si tú quieres jugarte la vida, juégatela. Ése es tu problema. Pero yo no pienso acompañarte.

Lorna me miró. Sus ojos se enrojecieron por un par de lágrimas furtivas. Después me cogió la cabeza entre las manos y me dio un apasionado beso.

Cuando nos separamos, me miró con ternura a la vez que añadía:

—Es difícil encontrar un «tío» tan honrado como tú. En esta profesión en la que todo son zancadillas y puñaladas, tropezar con una persona que se inventa este «numerito» para no «robarme» protagonismo, vale más que todo el oro del mundo. No, Indy, no. ¡No te abandonaré!

Y se alejó por el pasillo hacia la cabina de mandos.

Me desahogué haciendo recobrar el conocimiento a Herman Hecht por el sistema más conocido: las sonoras bofetadas.

Cuando volvió en sí estaba más sonrojado que un alumno sorprendido en el WC con la profesora de «mates».

La voz de una de las azafatas, anunciando que nos abrocháramos los cinturones y apagáramos los cigarrillos, arrancó un coro de gemidos en el maltrecho pasaje.

A pesar de los incidentes que nos estaban sucediendo, la normalidad seguía su curso. Sólo había faltado el asqueroso zumo de naranja.

No pude por menos que asomarme por la ventanilla.

Atardecía, y el aeropuerto de Beirut estaba mal iluminado, sumergido en una media luz que le daba un aspecto fantasmagórico y peligroso.

El piloto hizo que el avión perdiera altura bruscamente, como si tuviera mucha urgencia en tomar tierra y dejar que aquellos fanáticos se nos llevaran con ellos y dejásemos en paz al resto de la gente.

Yo noté cómo mi estómago se me subía a la garganta, y no sólo por lo rápido del descenso. A mi lado, Herman Hecht parecía dispuesto a desmayarse nuevamente, así que le propiné un buen codazo mientras le animaba:

—Tranquilo, muchacho. Si tenemos alguna oportunidad de sobrevivir es la de mantenernos serenos y aprovechar cualquier fallo de nuestros secuestradores.

Tomamos tierra bruscamente. El avión capotó varias veces contra la pista, hasta que sus neumáticos comenzaron a rodar con fluidez sobre el asfalto.

Si en cualquier aeropuerto se acercan unos vehículos con el letrero FOLLOW ME, para guiar al avión hasta el muelle de descarga, aquí lo hicieron varias camionetas cargadas de milicianos desigualmente armados que blandían banderas, fotos de sus líderes, y que disparaban al aire sus armas sin reparar en el gasto de munición que estaban haciendo.

Lorna llegó corriendo hasta mí.

—¡Vamos a bajar rápido! Antes de que se complique la cosa…

Los seis secuestradores estaban replegándose hacia nosotros, sin

dejar de vigilar al resto del pasaje que sonreía de felicidad al ver que iban a quedar libres.

Dos de los árabes se apoderaron de Herman, que se había aferrado a su asiento, decidido a no moverse de allí.

Uno de ellos colocó una granada en el cuello de nuestro economista alemán, que comenzó a sollozar y se dejó conducir sin más protestas.

Los tres caminamos, rodeados por los terroristas, hasta la puerta delantera. Yo intenté convencer nuevamente a Lorna:

—Escúchame… ¡Yo sólo voy a ser un estorbo! ¡No me encuentro bien! Necesito cuidados médicos especiales para mi hígado…

Lorna se mostró inflexible:

—No insistas. No te pienso dejar al margen de este reportaje. ¡Es un buen comienzo para nuestra sociedad! ¡Nos haremos famosos en todo el mundo!

No me quedaba más remedio que aguantar el tipo. Los secuestradores estaban tremendamente nerviosos y, si me hubiera puesto a discutir con Lorna en aquel momento, hubiera podido suceder cualquier catástrofe. Así que respiré hondo, saqué el pecho, fabriqué una de las sonrisas más falsas de toda mi vida y me dispuse a abandonar el avión repartiendo saludos y parabienes.

Cuando descendimos del Jumbo, la noche ya había caído sobre el aeropuerto. Nunca me acostumbro a la diferencia de sol que hay entre un avión a varios miles de metros de altura, y el suelo que hay en su vertical inferior.

Lorna había colocado el *flash* a su Olympus y comenzó a retratar todo lo que veía.

Los tres camiones cargados de milicianos que nos esperaban, se vaciaron en pocos segundos. Toda aquella tropa uniformada desigualmente, nos rodeó y nos empujó hacia un *jeep* superviviente de unas cuantas guerras. A Herman lo llevaron hasta un Mercedes Benz algo deteriorado por una buena colección de choques.

La chica se olvidó de hacer fotografías y se abrazó con fuerza a mí.

—¡Qué emocionante! —dijo sonriendo de felicidad.

Yo, la hubiera abofeteado.

Pero no hizo falta. En el coche nos acompañaban tres milicianos: dos en el asiento delantero y el tercero junto a nosotros.

El copiloto y el que estaba con nosotros, no cesaban de apuntarnos con unos subfusiles soviéticos de un ultimísimo modelo.

El que iba junto al piloto, se volvió sonriente hacia Lorna y comenzó a introducir sus dedos entre la abertura de la camisa de la chica.

Ella dio un grito, y propinó un manotazo en la mano del árabe.

Yo me limité a decir:

—Vete con cuidado, muchacho. —Y, para dar mayor fuerza a mis palabras, añadí—: Si se entera Mahmoud, lo vas a pasar muy mal.

El solo nombre de Mahmoud, que yo esperaba que les aterrorizara, sirvió para que los tres prorrumpieran en sonoras carcajadas.

—¿Qué es lo que os ha contado ese idiota? —preguntó el que había pretendido acariciar los senos de Lorna.

La chica, en pocas palabras, les habló de que pensábamos contar a todo el mundo la verdad del problema del Líbano, las luchas de las Milicias Ateas de Alá por la liberación de sus hermanos presos en Alemania, su entrega a esa causa hasta la muerte, y también les dijo que nos habíamos ofrecido voluntarios para acompañar a Herman…

Aquello último arrancó unas carcajadas todavía más atronadoras.

—¿De verdad que sois voluntarios? —nos preguntaba riendo el conductor, sin poder dominar el coche, que hacía peligrosas eses.

Cuando el copiloto consiguió refrenar sus risas, todavía con los ojos llorosos, se volvió hacia nosotros y nos dijo:

—Mahmoud Mussavi es uno de los tipos más divertidos que conozco, pero no pertenece a las Milicias Ateas de Alá: es un mercenario. Hace trabajos por encargo de otros grupos y, en ocasiones, secuestra a algún europeo y lo ofrece al que mejor le pague.

Lorna lo escuchaba boquiabierta.

—¡No puede ser! Él me dijo que…

—Es tal y como os lo cuento. Nosotros sólo queríamos un alemán, y él nos ha traído eso. Vosotros dos sois… ¡un regalo del cielo, una propina!

Todo estaba muy claro. ¡A Lorna le habían tomado el pelo, y a

mí de rebote, por idiota!

—¿Qué nos va a suceder? —preguntó Lorna.

El copiloto, que era siempre el que llevaba la voz cantante, se volvió hacia nosotros:

—Siempre hay mercado para dos rehenes norteamericanos. Quizás os vendamos a otro grupo que os necesite, quizás os guardaremos nosotros hasta que hagáis falta… Pero, eso podéis asegurarlo, no os vamos a soltar.

Me entretuve en mirar por la ventanilla: estábamos cruzando el barrio de Burj el Brajne, un auténtico *puzzle* de casuchas, chamizos y chabolas, un laberinto de callejuelas. Recordé haber leído un artículo sobre este lugar: se trataba del barrio que unía el aeropuerto de Beirut con la ciudad. Todo situado dentro de la zona musulmana.

También me acordé de lo que decía el periodista: «Un paraíso para los secuestradores, contrabandistas, traficantes de droga y de armas, piratas, pistoleros, mafiosos…».

Noté un pellizco en mi antebrazo y me volví hacia la chica, que me susurró al oído:

—Tenemos que escapar.

Estuve completamente de acuerdo con ella. Tenía unas ganas locas de huir de aquella situación, irme con ella a una habitación de un hotel, bajarle los *jeans* y… azotarle las nalgas hasta que me salieran ampollas en las manos.

En un segundo, todas las armas que nos apuntaban dejaron de hacerlo y enfilaron hacia la carretera.

—¡Nos están esperando! —dijo el chófer.

Y la respuesta vino en forma de cuatrocientas o quinientas balas que formaron una muralla de plomo delante de las ruedas del *jeep*, impidiéndonos avanzar.

—¡Ahora o nunca! —grité a la vez que abría la puerta y salía, arrastrando a Lorna por la mano—. Más vale morir de un tiro que permanecer en manos de estos locos.

Y no me faltaba razón.

Capítulo III

Dicen que una tempestad de arena en el desierto es algo terrible. También hablan de la horrible sensación de verse inmerso en una nube de mosquitos tropicales.

Pues bien, puedo asegurarles que todo eso es un juego de niños al lado de estar en medio de una tormenta de balas de todo tipo de calibres.

Todavía no alcanzo a comprender cómo salimos de allí sin nada más que unos arañazos.

Yo no sabía hacía dónde debía de correr, en qué punto estaba la seguridad y en cuál el peligro. Mirase a donde mirase, sólo veía el destello de las armas de repetición arrojando plomo sobre nosotros.

Lorna no cesaba de lanzar gritos, pero se estaba comportando maravillosamente: sin distraerse por sus chillidos, sus ojos recorrían la oscuridad buscando algún punto desde donde no nos disparasen.

No hace falta que les diga que el ruido, allí en medio de nuestra particular «discoteca», era ensordecedor.

Por si fuera poco, parecía como si otros grupos armados de la ciudad, quisieran contribuir al concierto. Primero fueron disparos por el este también de bala. Después junto a éstos, pudimos oír algún estampido de cañón ligero y, más tai de, hicieron su aparición los antiaéreos, lanzagranadas, bombas caseras, obuses… Todo hasta conseguir que Beirut fuera una fiesta.

La noche comenzaba a iluminarse de mortales «fuegos artificiales».

Y, gracias a ellos, pude ver cómo nuestros tres secuestradores abandonaban su *jeep*, cuya capota de lona había desaparecido a balazos y buscaban refugio tras una barricada de sacos que estaba situada a uno de los lados de la carretera.

No lo dudé ni un solo instante.

Tiré del brazo de Lorna con todas mis fuerzas, la chica perdió el equilibrio y rodó por los suelos.

—No te preocupes —me gritó—. Puedo levantarme sola. Vete conectando el motor.

La obedecí. Su voz tenía ese tono tranquilizador de las personas seguras de sí mismas. Si ella decía que podía hacer algo, yo no era quién para dudarlo.

A pesar de que las puertas estaban perforadas por varios impactos, al igual que el techo, y de que el coche carecía de cristales, el motor respondió al instante.

¡¡¡RRRR… RRRR… RRRROOOOMMMMM!!!

Metí la primera mientras Lorna saltaba junto a mí.

No sé dónde lo había conseguido, pero llevaba en sus manos un poderoso subfusil que debía de pesar más que ella. Con una habilidad impropia en una chica de tan buena familia como ella, sacó el cargador, extrajo otro de debajo del asiento del vehículo y lo colocó en el arma.

Todo en tres segundos.

En el cuarto segundo, se había unido a la verbena y disparaba sin cesar sobre todo lo que veía.

—¿Quieres divertirte? ¡Te cambio el puesto! —me dijo sonriente.

Antes de que pudiera responderle, ya había saltado sobre el asiento delantero y estaba colocándose entre el volante y yo.

Aquella chica conducía de la misma forma que disparaba: parecía ser capaz de ver todas y cada una de las balas que se nos venían encima, e intentaba esquivarlas todas, absolutamente todas.

Hizo una auténtica exhibición de cómo conducir un coche. Si alguna vez me animaba a participar en un *rally*, no querría a otra persona como copiloto.

Intenté no quedar por debajo de ella, así que me apoderé de otro cargador y comencé a disparar sobre nuestros invisibles enemigos.

Si Lorna había lanzado ráfagas en todas direcciones, yo preferí el tire a tiro, sobre los fogonazos de los disparos en la noche.

No me gusta fanfarronear, pero estoy en condiciones de decir que después de cada uno de mis disparos, no volvió a salir ningún otro del sitio donde yo había hecho puntería.

Lorna nunca había estado en Beirut, pero comenzó a guiar el *jeep* por las retorcidas calles de Burj el Brajne, como si se tratara del camino desde su casa al colegio.

Un par de coches: una vieja furgoneta Ford, y un destartalado Oldsmobile rescatado de algún desgüace, se habían lanzado en pos nuestro.

Sobre ellos había más gente armada de la que cabría en un vagón de tres de la India. Y todos disparando sobre nosotros.

Me encaré hacia ellos, rociándoles de balas. Lorna se preocupó de conducir de forma que no pudieran afinar su puntería.

Era maravilloso que no nos hubieran alcanzado todavía. Por un momento pensé que usaban balas de fogueo, que estaban disparando al aire para damos un susto, o que se trataba de una pesadilla.

Pero no era nada de eso.

Uno de sus disparos nos alcanzó en un neumático trasero que estalló con gran estruendo.

Lorna dominó el coche a las mil maravillas, y siguió conduciendo diestramente como si el hecho de tener un neumático pinchado no fuera más importante que el tener desajustada la cerradura de la guantera.

En unos pocos minutos habíamos recorrido un montón de callejones, habíamos descendido por escaleras, cruzado por plazoletas, saltado sobre una fuente destrozada por el impacto de alguna bomba… y nos habíamos convertido en el punto de mira de casi todos los hombres armados de Beirut. ¡Y eran muchos!

Nos disparaban desde el suelo, desde las trincheras, desde los terrados y azoteas de las casas. ¡Hasta vi a un tipo que aparecía por una boca de alcantarilla, unos metros por delante de nosotros, e intentaba frenar nuestra carrera!

No lo consiguió.

Lorna dio un volantazo, y la vi desaparecer de su asiento. Lancé un grito pensando que había caído, pero antes de que pudiera saltar al asiento del conductor, la chica se había incorporado y lucía en su mano, satisfecha, una escopeta de caza.

—¡Mira lo que he encontrado bajo el asiento! —me gritó agitando sobre su cabeza un racimo de granadas de mano.

Me apresuré a quitárselas antes de que alguno de los tiradores

de los coches que nos seguían decidiera hacer puntería sobre ellas.

Y una vez que las tuve en mi poder, sólo fue cuestión de usarlas. Aquella tarde descubrí que las furgonetas Ford, al estallar hacen ¡¡¡BAAAANNNGGGG!!! Y, sin embargo, los «Oldsmobile» en las mismas condiciones, tienen un sonido más metálico, algo así como ¡¡¡CRAAASSHHH!!!

Libres de nuestros dos vehículos perseguidores, ya podíamos dedicarnos a defendernos de los miles de francotiradores que intentaban dar al blanco. Y nunca mejor dicho.

—¿Por dónde se sale de aquí? —me preguntó mientras soltaba una de las manos del volante para poder utilizar la escopeta que había atrapado a la «rata de cloaca».

—No tengo ni idea. Sólo sé que éste es el sector musulmán, el del oeste. Los cristianos están en el este y allí es donde se encuentran los pocos occidentales que todavía no han abandonado Beirut: los reporteros, comerciantes, embajadores y demás.

—¿El este es por donde sale el sol?

—Eso mismo.

—Pues… ¡Vamos para allá!

No sé cómo averiguó, en medio de la noche, por dónde salía o se ponía el sol. Sobre todo después de todas las vueltas y revueltas que habíamos dado. Pero pareció como si un imán le indicase el punto donde debíamos dirigirnos.

Dimos unas cuantas vueltas más y, bruscamente, apareció ante nosotros una gran trinchera formada por coches, sacos terreros, cajas, muebles y todo tipo de objetos que pudieran entorpecer el paso de las balas.

Desde las trincheras abrieron fuego sobre nuestras cabezas, intentando alcanzar a los vehículos que nos perseguían.

Aquello fue una sorpresa. Que alguien se hubiese apiadado de nosotros era tan difícil, como que un Tratado de Paz en Beirut durase más de una semana.

Pero no era cosa de rechazar su ayuda: rápidamente nos dirigimos hacia nuestros salvadores, dejando las armas en los asientos, y alzando jubilosamente las manos.

Nuestros perseguidores, habían dado media vuelta y emprendido la huida, pero desde las trincheras no cesaban de disparar hacia el lugar por donde habían desaparecido. No sabíamos si para

asustarlos e impedirles alguna nueva maniobra o, simplemente, por satisfacer el peculiar gusto de los beirutíes por hacer fuego con cualquier arma que cae entre sus manos.

Antes de lograr acercarnos a la trinchera, se encendió un gran foco que nos alcanzó de lleno en el rostro. Cegados por la luz, nos cubrimos los ojos con los brazos, a la vez que una voz, distorsionada por un megáfono, estallaba en nuestros tímpanos.

—¿Quiénes sois? —nos interrogó la voz.

—Amigos, amigos —me apresuré a contestar.

—Amigos… ¿de quién?

Aquella conversación empezaba a adquirir unos tonos inquietantes. Yo ya había acostumbrado mis ojos a la luz y podía ver cómo las armas de nuestros supuestos defensores nos estaban apuntando.

—Amigos… ¡Vuestros! —apunté yo—. Cualquier persona que me salva la vida se convierte en amigo mío. Así, sin más trámites, ni ceremonias.

Pareció que mi respuesta arrancaba alguna carcajada entre las personas que nos apuntaban.

—¿A favor de quién estáis?

¡Eso sí que era una pregunta!

Si contestábamos que de los cristianos, «ellos» podían ser árabes. Si respondíamos que árabes, «ellos» podían ser cristianos. Y cada una de estas dos familias está subdividida en varias. Hay cristianos pro-israelitas, nacionalistas libaneses, propalestinos… y en el bando musulmán hay todavía más ramificaciones: drusos, shiíes, suníes, kurdos, palestinos de la OLP, de Al-Fatah, del FLP, de Septiembre Negro, de Fatah-Consejo Revolucionario… y aún dentro de cada uno de estos grupos hay diferentes bandas y facciones, a veces enemistadas entre sí.

Se imponía una respuesta inteligente, ágil, que satisficiera a todos y que no pudiera enemistarnos con nadie.

Se trataba de una respuesta que yo no era capaz de dar.

Ni siquiera servía el socorrido truco de decir que «nosotros pasábamos por allí» y que «éramos neutrales».

En un estado de belicosidad tal no hay neutrales: el que no está con unos, está contra ellos.

Fue Lorna la que encontró la respuesta.

Oí su voz clara, a mis espaldas, y me giré:

—Estamos a favor del amor libre.

Contado así, de esta manera, aquella frase estaba fuera de lugar. Pero cuando Lorna la dijo, su camisa se había abierto completamente y tenía «dos poderosas razones» que atestiguaban la verdad de su afirmación.

Los ojos de los milicianos que estaban al otro lado de la trinchera brillaban de excitación.

Varios de ellos saltaron sobre los sacos terreros, dispuestos a ayudar a Lorna en su fe.

El que parecía ser el jefe, los detuvo con un par de disparos ante sus pies.

—¡Quietos todos! Primero he de interrogar a los prisioneros.

Rápidamente desaparecieron unos cuantos sacos terreros. Un vehículo, que parecía enterrado en el suelo, se desplazó varios metros, mostrándonos que había sido habilitado como puerta corredera.

—Entrad por aquí —nos indicó el jefe señalando la recién abierta puerta con el cañón de su metralleta.

Obedecimos con toda celeridad. No sabíamos quiénes eran éstos, ni siquiera si eran peores que los que nos habían raptado y perseguido, pero entregamos a ellos, nos permitía cruzar la mítica Línea Verde. La frontera que, al igual que el Muro de Berlín separa en dos a Beirut: a un lado los árabes, y a otro los cristianos.

Tradicionalmente se viene diciendo que en el este, donde nos hallamos ahora, reinaba la paz y el orden. Y lo que acabábamos de dejar atrás era el caos, la muerte, el infierno.

Al ver el aspecto de las personas que nos aguardaban al otro lado, no estuve muy seguro de que los periodistas cuyas crónicas había leído, las hubieran escrito aquí. Más parecían artículos fruto de la calenturienta imaginación de unas personas expuestas mucho rato al sol bronceador de alguna playa.

Desde luego, si aquéllos eran los «civilizados», sería cosa de pensar en irse a vivir a las profundidades de las selvas amazónicas.

Nos rodearon y nos sometieron a un cacheo sistemático, sobre todo a Lorna, en la que se entretuvieron más del tiempo necesario para averiguar que no llevaba un bazooka escondido en el sobaco.

Conmigo fueron más rápidos, y más profesionales.

Sonriendo ladinamente, el jefe pidió que nos llevaran a su tienda para interrogarnos.

—Somos turistas —dije yo—. Acabamos de llegar aquí, al aeropuerto, nos han secuestrado y… ¡No hemos podido averiguar nada!

—Algo habréis observado en vuestro recorrido: dónde están las tropas enemigas, qué armas tienen, dónde estaban reunidas las milicias.

—Nada, nada. No hemos podido ver nada. No nos han dejado.

Tomó a Lorna por el brazo y la empujó hacia el interior de su tienda de campaña.

—Las mujeres son más observadoras —dijo por toda explicación —. Seguro que ella se ha fijado en los detalles.

—¡Un momento! —le interrumpí yo—. No voy a dejar que te encierres a solas con esta chica…

Curiosamente, Lorna, no daba señales de estar nerviosa, ni de intentar resistirse a los deseos del jefe de la milicia. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que el cabecilla de aquel grupo de combatientes era un hombre de unos veinticinco años, alto, fuerte, con el pelo moreno, rasgos varoniles muy acusados, y una mirada brillante. ¡Seguramente era el tipo de Lorna!

Al ver mi gesto de caballero andante, la chica se volvió hacia mí y me lanzó un beso a través del aire. Me imaginé de qué se trataba: le gustaba mi «papel» de hombre celoso.

Con mi gesto y mi voz airada sólo había conseguido que media docena de fusiles apuntaran a mi entrecejo.

Me sentí como un estúpido: no sólo era ella la que me estaba metiendo en todos estos problemas, sino que, además, se dedicaba a «flirtear» con todo el que se ponía a su alcance. ¿Qué me importaba a mí que se viera metida en problemas? ¡Si era ella quien se los buscaba!

Me guiñó un ojo y se dejó conducir hacia la tienda. Yo estuve a punto de sacarle la lengua, pero me aguanté las ganas.

—¿Material para tu artículo? —pregunté yo, molesto por la «facilidad» de la chica.

—¿Artículos? —preguntó sorprendido el «apuesto árabe».

—No… —comenzó a decir Lorna.

—¡¡Síí!! —afirmé enfáticamente—. Yo soy una persona conocida

mundialmente. He colaborado con los diarios y revistas más importantes del planeta, escribo libros, salgo en la TV…

—¡Yo no! —protestó Lorna—. A mí no me conoce nadie, y no he conseguido colocar ni uno solo de mis trabajos.

Sonreí con toda la mala leche del mundo, y le dije:

—Tranquila, Lorna: somos socios y no te voy a dejar en la estacada.

El jefe de la milicia se volvió todo sonrisas, y me invitó a entrar con ellos en la tienda. Sacó una botella de Chivas 12 años y se entretuvo en explicarnos la cruda realidad de su país y lo mucho que ellos, los cristianos, estaban haciendo por conseguir desterrar para siempre del Líbano la barbarie musulmana.

Cuando juzgó que ya nos había hecho bastante publicidad de su causa, llamó a uno de sus hombres y le pidió que trajera varios coches.

En pocos segundos, estaban aparcados ante la puerta, tres modernos BMW. Nosotros entramos en el de en medio. La «puerta corrediza» se abrió de nuevo y nos introdujimos, custodiados por los otros dos coches, en el lado oeste de Beirut.

—Os llevo a la World Press —nos dijo el libanés por toda explicación—. Allí podréis contar lo que os ha sucedido y buscar la manera de salir de aquí. Si queréis conocer la «verdad» sobre el desastre de este país, es mejor que lo comprobéis en el otro lado. Y la World Press, es la única agencia que sigue trabajando allí, aunque de la plantilla de siete personas, sólo quedan tres. Los otros han sido ya secuestrados o muertos.

Durante el trayecto sólo nos dispararon en un par de ocasiones.

Fuimos por la parte más «civilizada» del Beirut árabe. Aunque no había mucha diferencia con Burj el Brajne. Unicamente que las calles eran más anchas, pero las aceras estaban cubiertas, en muchas partes, de trincheras de sacos tras los que se parapetaban milicianos de los diferentes grupos.

Tardamos media hora en llegar a nuestro destino: un bloque de pisos, de seis plantas, con abundancia de agujeros de bala en su fachada.

El árabe se empeñó en subir con nosotros y en explicar a los tres periodistas que nos recibieron, la dura lucha cuerpo a cuerpo que habían tenido que mantener con sus enemigos, para conseguir

rescatarnos.

Cuando, por fin, desaparecieron del local. Los tres periodistas que estaban allí nos ofrecieron unas tazas de café y nos pidieron que les contáramos la verdad.

Hice un resumen en pocas palabras, y ellos escucharon atentamente sin decir nada aunque, por el movimiento de sus cejas, pude descubrir su asombro ante alguna de las cosas que les conté.

Cuando terminé se hizo un silencio pesado, que rompió Caspar van Eck, el encargado de la agencia: un holandés de cincuenta años, alto y pelirrojo, que rebosaba tranquilidad y no cesaba de dar interminables y profundas chupadas a su apagada pipa.

—Habéis tenido suerte… ¡Mucha suerte! Ni siquiera uno entre un millón de secuestrados se acerca a vuestra buena fortuna.

No dije nada. Yo también era consciente de que el holandés tenía razón. Como si se tratara de una amenaza, sobré su mesa de trabajo había un letrero que decía:

EN BEIRUT, LO PEOR SUCEDERA DENTRO DE UN RATO.

—¡Qué dices de buena suerte! —protestó Lorna—. Se nos han estropeado todos los reportajes: el secuestro, las entrevistas con los milicianos, «mi» rapto…

Caspar la miró sin alterarse. Luego añadió:

—Aquí no se trata de hacer un buen reportaje, sino de sobrevivir para poder escribirlo, publicarlo y cobrarlo.

—Creo que exageras —le dijo la chica—. En ningún momento me he sentido en peligro. Quizás un «poquitín» cuando íbamos en el *jeep* y nos disparaban desde todas partes.

Caspar se preparó para una larga charla: sacó su bolsita de tabaco, y comenzó a rellenar con habilidad su pipa.

—Escúchame Lorna… Esto no es un juego, Beirut es, hoy por hoy, el lugar más peligroso del mundo.

Lentamente, con cariño, acercó un fósforo de madera a la pipa. Todos estábamos pendientes de sus palabras. Y, hasta que volvió a hablar, sólo el ruido de los cañonazos y los disparos de las armas cortas, llenó el silencio.

—¿Oyes eso? —le preguntó a Lorna mientras señalaba vagamente al exterior—. Son cañonazos. A mucha gente le aterroriza ese sonido. Aquí no: necesitamos el ruido de las bombas

para conciliar el sueño. Lo peor es el silencio en la noche. Y el sonido más aterrador es el escuchar el ruido del ascensor subiendo hasta la planta en la que te encuentras.

Hizo una pausa para dar mayor dramatismo a sus palabras.

—Cuando el ascensor se detiene en tu planta, siempre temes que sea algún grupo de milicianos que viene a por ti, y cuando oyes que llaman a la puerta de al lado y que se llevan a tu vecino, que posiblemente es amigo tuyo, lloras de alegría por haberte salvado una noche más.

—¡Cobardes! —masculló Lorna.

Caspar van Eck se encogió de hombros. Sus dos compañeros se sonrieron.

—Aquí todos van armados —prosiguió el holandés como si no hubiera escuchado a la chica—. Por la noche nadie sale de sus casas y si hay que hacerlo, lo hacemos con un puñal.

—¿Un puñal? —preguntó Lorna—. ¡Qué tontería! ¿De qué te sirve frente a un subfusil de último modelo?

—Te puede ayudar mucho: te sirve para suicidarte antes de que te cojan vivo. Pero déjame que siga. También hay que procurar ir con un buen revólver y un rifle o una metralleta, en lugar muy visible. Tienes que andar rápido, fuerte, con confianza, para dar miedo a tu posible secuestrador. No lleves nada que pueda envidiar otra persona; nada de coches raros, ni joyas, ni máquinas de fotografiar…

—¿Cómo vamos a poder hacer nuestro reportaje, en esas condiciones? —le interrumpió Lorna—. ¡Es imposible! Creo que intentas asustarnos para evitar que te hagamos la competencia.

Caspar se encogió de hombros.

Lorna se volvió hacia mí y me dijo:

—Creo que lo mejor será que busquemos un hotel, nos demos una ducha y lo consultemos con la almohada.

Yo no tenía nada que consultar con la almohada. ¡No pensaba lanzarme a las calles en busca de un reportaje, para ganarme una caja de pino! Pero no me dio tiempo a explicarlo. Caspar dio un suspiro, mientras se levantaba de la silla.

—No hay ningún hotel en esta parte de Beirut. Podéis quedaron a dormir aquí, si lo deseáis. Pero por favor, mañana antes de salir a la calle, dejadme una foto de cada uno, y una pequeña biografía en

una cuartilla.

—¿Piensas contratarnos? —preguntó Lorna.

—No. Es para que cuando os secuestren o maten, tener adelantado la mitad del trabajo.

CAPÍTULO IV

Lorna se lo quedó mirando fijamente.

—Por más que intentes asustarme no lo vas a conseguir. ¡No vamos a renunciar a escribir nuestros artículos!

—Lorna… —le dije yo—. No uses el plural con tanta generosidad. Serán «tus» artículos, no los «nuestros». Yo no pienso salir a la calle en busca de las balas.

El silencio que llenó la habitación se hizo denso y pesado.

Lorna me estudió atentamente con la mirada, mientras los tres periodistas aguantaban una sonrisa de regocijo, como si estuvieran preparándose para presenciar una pelea conyugal.

—Ya hablaremos en privado de eso —me dijo Lorna. Y luego, dirigiéndose a Caspar le preguntó—: ¿Dónde podemos dormir?

El periodista nos guió por un largo pasillo hasta una habitación situada al fondo, en la que había unas estanterías ocupadas por latas de conservas: arroz, aceite…, y en el suelo quedaba el espacio suficiente para tender un par de colchonetas de goma-espuma, que estaban de pie, apoyadas en una de las estanterías.

—Si necesitáis mantas, cosa que dudo, las encontraréis en aquel armario empotrado. Cualquier otra cosa que os haga falta no tenéis más que pedirla. Uno de nosotros siempre está de guardia en el cuarto de redacción.

Fue una noche dura, muy dura. Si ellos estaban acostumbrados a dormirse gracias al «tranquilizador» sonido de los cañonazos y los obuses, a nosotros no nos ocurría lo mismo.

Debido al sueño, al cansancio y a todas las emociones vividas en las últimas horas, nos dormíamos unos instantes para despertarnos sobresaltados al primer estampido. Por si fuera poco, a las tres de la madrugada, desde las torres, se comenzó a llamar a los fieles a la

oración.

Lorna cayó pronto rendida por el sueño. Pero las pesadillas se adueñaron de su descanso, y se movía y giraba sin cesar. Varias veces repitió el nombre de Herman Hecht, en susurros, y añadiendo: «Hemos de rescatarle».

Y aquello no me gustó. No por celos, sino porque una búsqueda así podía llevarnos directamente a la muerte.

Un rato después, yo también caí en un profundo sueño del que no me despertó ni los estallidos de obuses en un edificio próximo.

Abrí los ojos a las seis de la mañana, animado por el reconfortante olor de café recién hecho.

Sólo entonces me di cuenta de que aquella prometedora noche que había soñado pasar junto a Lorna, ya se había evaporado. La chica dormía junto a mí, plácidamente.

Me levanté de nuestro improvisado lecho procurando no despertarla. Salí del cuarto y me acerqué a la sala de redacción.

Caspar van Eck era el que estaba preparando el desayuno, mientras mordía con fuerza su eterna pipa apagada.

Me tendió una taza de café casi sin mirarme.

—La ducha está en aquella puerta.

Noté que estaba nervioso, pero se trataba de una persona seria y reservada y no me atreví a preguntarle el motivo de su ansiedad.

Me duché rápidamente y volví a vestirme con las mismas ropas que llevaba desde hacía ya varios días.

Cuando volví al cuarto de teletipos, Caspar estaba revolviendo el azúcar de su café, con la mirada perdida en el vacío. Ni siquiera se dio cuenta de mi llegada, absorto como estaba en sus pensamientos.

Yo me serví otra taza, procurando hacer algo de ruido que le indicara mi presencia.

Lorna, que había dormido únicamente con su camisa, apareció bostezando en el cuarto en el que nos encontrábamos. El escote seguía siendo generoso y los faldones de su camisa casi no llegaban al nacimiento de sus muslos. Yo la contemplé lleno de deseo, pero Caspar le dirigió una desganada mirada, y una ligera inclinación de cabeza a modo de saludo.

Entonces oímos el ruido de la puerta. El periodista dio un salto y se dirigió hacia ella.

Los dos chicos que trabajaban con él en la redacción, acababan

de entrar en el piso.

—¡Habéis tardado mucho! —les gritó Caspar—. Ya empezaba a pensar que os habría sucedido alguna desgracia…

—Hemos tenido que dar un gran rodeo para llegar hasta aquí. Las Huestes Airadas de Caam están asaltando la sede de la Confederación para la Unidad Palestina, y tienen un buen puñado de hombres apostados en todas las calles próximas. Además, en la Zona Sur, también están combatiendo las Milicias de la luz Eterna contra los hombres del Ejército de Ahal.

Caspar asintió con la cabeza, dándose satisfecho con la respuesta y se volvió hacia nosotros, encogiendo sus hombros en un gesto de impotencia.

—Beirut es así —nos dijo cansadamente—. Los aliados de hoy, pueden ser enemigos mañana. Los partidos y milicias se parten en nuevos grupos, por el deseo de protagonismo de algún combatiente que el día anterior haya hecho algo que se salga, sólo un poquito, de lo corriente. Eso ya es suficiente para que se pelee con sus jefes y decida fundar un nuevo grupo, llevándose a sus hombres.

Dio un prolongado suspiro. El había pasado la noche de guardia, y los rastros de su vigilia se veían claramente en su rostro. Se volvió hacia los dos jóvenes.

—Me voy a dormir un rato a la «despensa», ahora que nuestros invitados la han dejado libre. Y… convendría que vosotros dos comenzaseis a pensar en la posibilidad de mudaros aquí. No es nada conveniente tener que pasearos por la noche, yendo a vuestra casa.

Los dos chicos recibieron la sugerencia con el mismo gesto que un niño escucha, por enésima vez que no se chupe el dedo.

Después, Caspar se volvió hacia nosotros:

—Y… ¿Qué planes tenéis para esta mañana? ¿Vais a arreglar el Líbano? ¿Queréis hacer algún reportaje suicida? ¿Vais a haceros matar?

Yo tardé unos segundos en buscar una respuesta. Y Lorna se me adelantó:

—Queremos ir a rescatar a Herman Hecht. Caspar, que estaba a punto de colocarse la pipa en la boca, se quedó con la mano detenida a mitad de camino y la boca abierta. Contempló a la chica de esta forma por lo que había dicho, y no por lo escaso de su vestimenta. Pero no dijo nada. Terminó de llevarse la pipa a los

labios y después le señaló la puerta del baño.

—Ahí está, la ducha —dijo Unicamente.

Lorna se dirigió hacia allí con un gesto de satisfacción en el rostro. El hecho de que el periodista no hubiera replicado nada, lo había interpretado como que Caspar dejaba de insistir en sus recomendaciones de prudencia.

Cuando el periodista oyó el ruido del agua, dejó pasar unos segundos y después se dirigió a la galería, hacia el calentador de agua, y lo desconectó.

Al volver me miró y añadió:

—Esta chica necesita una ducha de agua fría, para calmar sus ideas.

El penetrante grito de Lorna, cuando el agua fría cayó sobre ella, hizo una desleal competencia al estruendo de los cañonazos.

Salió cinco minutos después, envuelta en una toalla blanca demasiado pequeña para su talla.

Esta vez sí que todos nos quedamos observándola.

—¿Qué planes tenéis para hoy? —volvió a insistir Caspar, convencido de que su «tratamiento» habría tenido algún efecto sobre la chica.

—Ir en busca de Herman Hecht. Y no quiero oír ningún comentario.

—No creo que sea prudente… —Comencé a decir yo—. Ya has oído lo que cuenta Caspar…

—Yo voy a ir a buscarlo —dijo ella secándose el pelo—. Tú puedes hacer lo que quieras; quedarte aquí asustadito, o acompañarme a realizar un reportaje de rutina.

Caspar se sentó tras una de las mesas y comenzó a hablar:

—Está bien. Creo que no os voy a sacar esa idea de la cabeza. Ni siquiera diciendoos que, un secuestrado es imposible de localizar media hora después de su rapto. Y que es muy posible que en estos momentos ya esté muerto. Así que, como vais a seguir adelante con vuestro plan, lo mejor será que os de algunos consejos. En primer lugar, procurad no llevar moneda israelita, ni un pasaporte con el visado de entrada en ese país…

—No necesitamos tus consejos, gracias —le cortó Lorna secamente.

—Os pueden hacer falta. Una frase dicha por alguien que conoce

Beirut, puede ser la diferencia entre regresar esta noche, o permanecer muertos en alguna cuneta de la ciudad. Este sitio no es un juego. Aquí la gente mata a otros por ideología, religión, rencillas personales, aburrimiento…

—Entonces… —le interrumpió Lorna—. ¿Por qué estás tú aquí? ¿Por qué no has abandonado esta ciudad y vuelto a tu país? Un periodista de primera línea, un «enviado especial», siempre encontrará un trabajo más cómodo…

Caspar sonrió con amargura.

—Tienes algo de razón. Me gusta el peligro, me fascina una ciudad como ésta donde la sorpresa, aunque sea mortal, te espera detrás de cada esquina…

Caspar siguió hablando entusiasmado. A cada palabra que pronunciaba, sus ojos se inflamaban de un brillo más intenso.

—… estar al borde de la muerte, te hace paladear mejor cualquier pequeño detalle de la vida. Este mismo café, uno de los peores que he tomado en mi vida, tiene un sabor diferente cuando se piensa que puede ser el último.

Lorna lo escuchaba embelesada. ¡Era eso lo que ella sentía! Si no hubiera resultado un poco ridículo, yo hubiera dicho que, cuando fuera mayor, Lorna querría ser Caspar van Eck.

—Es una locura, ya lo sé —dijo la chica reposadamente—. Las posibilidades son mínimas… pero quiero encontrar a Herman Hecht. Y tú puedes ayudarnos.

—De acuerdo —contestó Caspar—. Coincido contigo en que es una locura, pero necesitaréis a alguien con experiencia…

Cinco minutos después estábamos paseando por la calle Hamra, la calle «europea» del Beirut de los musulmanes.

Lorna, con su típica habilidad femenina, había conseguido cargar mi viejo macuto con todas sus pertenencias: la máquina de fotografiar, su cuaderno de notas, el pequeño botiquín… Todo para poder ir tranquila bebiéndose las palabras de Caspar…

La calle presentaba un aspecto abandonado. Antes había sido el último de los reductos de los occidentales en la «Ciudad de la Muerte». Durante varios años y, pasase lo que pasase, aquí se habían sentido seguros y protegidos. Aunque las últimas milicias triunfadoras del más reciente combate, fueran rabiosamente antíoccidentales, nunca osaban entrar aquí. Éste era un santuario,

una válvula de escape que permitía seguir viviendo en Beirut, sin sentirse extranjero en un islote desierto.

Había sido una importante arteria comercial. Aquí se podían vender los mejores aparatos de alta-fidelidad, TV, vídeo, fotografía, a precios muy por debajo del coste. También, en la tienda de Gerry Westlake se podían comprar los mejores licores, de las mejores marcas: ron de Cuba, *bourbon* de Tennessee, cremas de *whisky* irlandesas, marc de *champagne* francés, jenevers holandesas… Siempre servidas en discretas bolsas de papel marrón, para que su visión no hiriera la sensibilidad religiosa de los musulmanes, cuya religión les prohíbe beber alcohol.

Pero de todo esto ya no queda nada; varias personas fueron secuestradas a plena luz del día en esta calle, algún fanático religioso puso una bomba en la tienda de Gerry, los aparatos electrónicos dejaron de verse por los escaparates de las tiendas… ¡y ya casi no quedaban occidentales en el Beirut Oeste!

—No debemos de ser más de dos docenas —dijo Caspar—. Unos pocos periodistas, tres o cuatro profesores del Liceo Francés, dos funcionarios de embajadas europeas que siguen teniendo aquí su residencia, y una docena más de mujeres casadas con libaneses, que se hallan completamente integradas en la vida mahometana, y a las que no es muy apropiado llamar occidentales.

—¿Cómo sobrevives aquí? —preguntó Lorna—. Debes estar en el punto de mira de dos mil o tres mil francotiradores.

—Me defiendo gracias a mil pequeños trucos y dos mil amigos. Siempre hay «alguien» que te avisa de que tal o cual grupo han decidido ir a por ti.

—¿Qué se hace entonces?

—Esconderte durante unos días, no aparecer por el trabajo, dejar de usar el coche…

Habíamos abandonado la calle Hamra y tras varias vueltas estábamos adentrándonos por lo que antes habían sido antiguas avenidas y que hoy, con el asfalto roto por el impacto de los cañonazos y los obuses, eran auténticas selvas de arbustos y vegetación.

Era una visión extraña, mezcla de peligro y tranquilidad, que parecía sacada de una película de las de desastres postnucleares. El verdor y el canto de los pájaros le daba un aire relajante y la

presencia de las sombras de algún francotirador en las azoteas de las casas, te devolvía la sensación de peligro.

Salimos de aquella selva y nos adentramos de nuevo por una calle, sin árboles, flanqueada por modernos edificios de oficinas, abandonados y decorados con miles de impactos de bala.

—¿Nunca terminará la guerra en el Líbano? ¿Nunca habrá paz? —pregunté yo, asqueado por la presencia de tanta violencia—. ¿No hay ni un solo día sin muertos?

—Los hay, los hay A pesar de la brutalidad de esta guerra fratricida, si prestas atención, podrás observar que, a la hora del almuerzo y de la cena, los disparos dejan de oírse. Y hay otro momento en el que se mantiene una tregua no escrita de varias horas.

—¿Cuándo?

Me sonrió antes de responderme:

—El día que hay traslado de droga.

—¿Droga? ¿Aquí se trafica con droga? —pregunté incrédulo.

—Sí. A unos kilómetros de Beirut se halla el valle de la Bekaa. Un lugar en el que nunca se producen bombardeos, ni ataques aéreos, ni atentados… son mil kilómetros cuadrados dedicados única y exclusivamente al cultivo del Canabis, la marihuana.

Se calló unos instantes sondeándome con la mirada para estudiar mi reacción. Yo no repliqué nada, esperando que prosiguiera con su relato.

Lorna nos escuchaba atentamente y noté que iba tomando buena nota de todo cuanto Caspar nos estaba contando.

—Se calcula que hay una producción anual de cinco mil toneladas de droga que, una vez sembrada y preparada, hay que enviar a Europa y EE. UU. Y eso sólo puede hacerse desde el puerto de Junieh, en la zona cristiana. El día que pasa uno de aquellos convoyes, no se oye ni un solo disparo. Nadie, ni siquiera el grupo más pequeño y radical, osa intentar nada contra ellos. Los traficantes de droga reparten el dinero a manos llenas entre todos los grupos. ¡Todos se benefician de la marihuana!

Nos quedamos callados durante unos instantes meditando las palabras de Caspar, pero sin dejar de caminar.

Nos encontrábamos en una zona de calles no demasiado anchas. Las aceras estaban ocupadas por bidones vacíos de combustible, tras

los que se veían algunos combatientes, que custodiaban la entrada a sus sedes.

En los puntos estratégicos había, sobre el asfalto, barricadas en zigzag formadas por los objetos más extraños, y situadas así, para evitar que ningún coche-bomba consiguiera llegar hasta el cuartel general de tal o cual organización.

Yo lo miraba todo incrédulo, casi sin poder creer lo que estaba viendo: grupos rivales, con sus cuarteles generales a sólo unos metros de distancia. Caspar sorprendió mi mirada y sonrió a la vez que decía:

—Esto es Beirut… una pesadilla. Por extraño que pueda parecer el teléfono funciona en muchas ocasiones. Hay un competente servicio de Policía Municipal que se dedica a poner multas a los coches mal aparcados… multas que nunca se pagan, por supuesto.

—¿Y la zona cristiana? —pregunté yo—. ¿Es tan segura como dicen?

—Ahora no. Hasta hace un tiempo, se podía tomar el aperitivo, bajo una sombrilla, al costado de una piscina. Pero hoy eso ha desaparecido. Los coches-bomba han acabado con aquella falsa sensación de seguridad. Todos temen que algún loco suicida se lance sobre donde estás, pilotando un vehículo cargado de explosivos. Allí es donde viven la pequeña y media burguesía, los comerciantes, la gente de dinero… Y se habían logrado aislar de la guerra. Lo único que les molestaba era el ruido de los disparos. Ahora ya no: con los coches-bomba ha llegado la venganza de los desarrapados, de los parias…

—¿Adónde vamos? —preguntó Lorna—. Supongo que nos llevas hacia «algo» relacionado con Herman Hecht.

—Sí, por supuesto. Os estoy conduciendo hacia un tipo que nos puede ayudar a entrar en contacto con las Milicias Ateas de Alá. Se encuentra en una casa situada…

No llegó a terminar la frase.

El estallido de mil balas, nos rodeó en dos segundos.

Después cesaron de la misma forma imprevista que habían comenzado, y una voz nos anunció:

—Rendíos.

Antes de que pudiera decidir si iba a levantar las manos, o a seguir corriendo, Caspar me tendió una pistola pequeña, a la vez

que hacía lo mismo con Lorna.

La amartillé con velocidad apuntando hacia no sabía dónde.

Un tiro resonó a mis espaldas. Me giré en seco, al igual que la chica, y sólo llegué a tiempo de ver a Caspar van Eck abriéndose paso a tiro limpio hacia un edificio en ruinas, mientras nos gritaba:

—¡Seguidme!

Vi cómo abrían fuego sobre él, y cómo uno de los impactos le alcanzaba en la pierna derecha y le derribaba al suelo. A pesar de eso, Caspar siguió gateando hasta sumergirse en las reventadas tripas del edificio. Allí nadie se atrevería a entrar a buscarlo, era demasiado peligroso. Le arrojarían una granada de mano, o lo dejarían en paz.

Mientras tanto, Lorna había dado un prolongado grito y salió corriendo hacia la acera de enfrente, hacia una camioneta cargada de milicianos desigualmente uniformados que no nos apuntaban con sus armas.

Nadie disparó sobre ella.

Yo intenté seguir pero no pude.

Media docena de fusiles de asalto me apuntaron al pecho, a la vez que una voz seria y grave me decía en un inglés bastante deficiente:

—Deja pistolo. No importa chica. Contigo ya tenemos mucho bastante suficiente bueno.

Yo podía haber fingido que no entendía lo que me dijo, pero las armas hablaban el lenguaje universal de la muerte, sin fallos de ortografía, ni de pronunciación.

Así que obedecí.

CAPÍTULO V

Intenté rebelarme contra las personas que me estaban apresando, pero fue en vano. Un culatazo en la mano me hizo soltar la pistola, y otro en la nuca, me dejó sin conocimiento.

Lo único que pude ver antes de desmayarme fue a Lorna rodeada por las armas de los guerreros de la furgoneta: una visión muy poco tranquilizadora para alguien que necesita reposo, como era mi caso.

Cuando recobré el conocimiento debía de ser media tarde. Me hallaba en una destartalada chabola de barro. Las paredes eran de barro, no había suelo, un cuadrado del tamaño de un folio servía como ventana, y se entraba por un agujero (no me atrevo a llamar puerta a aquello) custodiado por un chico de diez años, que ocupaba todas sus fuerzas en sujetar un fusil, a todas luces, más pesado que él.

Le sonreí.

El ni siquiera pestañeó.

A mi lado yacía mi viejo macuto. Repasé su contenido para ver qué es lo que me faltaba, y descubrí que estaba todo, hasta la máquina de fotografiar que Lorna me había dado para que le guardase.

Aguantándome los dolores, me incorporé y di un vistazo a través de la «ventana». Estábamos en un claro de una gran plantación en el que se hallaban instaladas algunas chabolas y tiendas de campaña, entre las que varios grupos de jóvenes, hacían instrucción con más energías que conocimientos.

Deduje que me encontraba en el campamento de alguna de las organizaciones de combatientes.

Cada vez que yo hacía algún movimiento, el dedo de mi

pequeño guardián, se entrecerraba con fuerza sobre el gatillo de su fusil.

Intenté hablar con él, pero ni me replicó, ni dio señales de entenderme, ni siquiera hizo un gesto con el rostro. ¡Aquel chico serviría a la perfección como jugador de póker!

Si no fuera por el perceptible movimiento de su dedo sobre el gatillo, hubiera llegado a pensar que estaba disecado.

Pasé media hora, intentando imaginarme lo que me esperaba.

Por fin, un revuelo en el exterior, hizo que me asomase a la ventana.

Desde donde yo estaba, no podía ver lo que sucedía, ya que las voces llegaban de mi espalda, de la parte de la casucha que no tenía ventana.

Poco después, un grupo de milicianos entró en mi radio de visión.

Se trataba de no más de una docena y, en medio de todos ellos, iba mi viejo amigo Herman Hecht.

El no me vio, y a mí no me hubiera servido de nada gritarle o llamar su atención, ya que las formaciones de aprendices habían roto filas y se aproximaban hacia Herman, con gran griterío.

El alemán avanzaba entre los empujones de la gente, con toda la dignidad de que era capaz. Insensible a los gritos y a las burlas, iba mirando al frente, sin preocuparse de la gente que le rodeaba.

Vi cómo sus guardianes le conducían hacia una pared formada por sacos terreros y ante la que se hallaba un trozo de viga de madera clavada en el suelo.

No hacía falta mucha imaginación para averiguar lo que iba a suceder.

Me hubiera gustado que mi ventana tuviera barrotes, para poderme agarrar a ellos y chillar desesperadamente.

El chico había redoblado su vigilancia, de una forma imperceptible se había movido y el punto de mira de su fusil, apuntaba directamente a mi estómago. Por primera vez, el niño me sonreía.

No sabía qué hacer; de nada serviría gritar, maldecir, o enfadarse. No tenía ninguna posibilidad de cambiar el final de «la película» de Herman Hecht.

Un par de milicianos lo condujeron hasta la viga de madera.

Yo, me apoderé nerviosamente de mi macuto y extraje la cámara fotográfica de Lorna. Ya sé que es una tontería, un gesto dictado por el hábito periodístico más que por un afán de utilidad… pero lo cierto es que fotografié todo el fusilamiento del alemán.

Posiblemente nunca tendría oportunidad de enseñar aquellas imágenes a nadie, ya que dudaba mucho de que mi final fuera diferente del de Herman. Y si conseguía volver con vida a la civilización, y entregarlas a sus herederos, estaba seguro de que no les haría ninguna gracia tan macabro «*souvenir*».

Supongo que las últimas imágenes saldrían desenfocadas, ya que las lágrimas me impidieron calcular la luz, la abertura del diafragma, la velocidad… ¡Nunca ganaría el Photopress, con aquellas fotos!

Una descarga cerrada de los fusiles, dio por terminada la función. Por el objetivo de la réflex, pude ver cómo el cuerpo de Herman Hecht caía desmadejadamente al suelo.

Paradójicamente, yo acababa de conseguir el reportaje que Lorna había estado buscando con todas sus energías.

Varias personas recogieron el cuerpo de Herman y se lo llevaron lejos de mi vista. Posiblemente los huesos del economista alemán descansarían por los siglos de los siglos en algún anónimo pozo de cal.

En aquel momento me entró la furia.

Sentía unas ganas locas de matar, un ansia homicida como nunca en toda mi vida la había sentido.

A duras penas me contuve de saltar sobre el niño que me custodiaba. No era enemigo para mí: de un solo golpe podía enviado al Edén de Alá.

Como si pudiera leer mi pensamiento, el chico se incorporó sin dejar de apuntarme con su fusil. Su gesto se había vuelto, al contrario que antes, tremendamente expresivo.

Miedo.

Era miedo lo que podía leer en sus ojos.

Miedo de aquel occidental.

Miedo de mis ojos inyectados en sangre.

Miedo de la experiencia del enemigo…

De las pocas fuerzas propias…

Miedo, quizá, de tener que dispararme.

No hice nada. Procuré tranquilizarme y transmitirle esta sensación. Sabía que el peor enemigo es el asustado. Es el que actúa sin el control de su cerebro, sin lógica, sin saber sus posibilidades de éxito, a la desesperada.

Me senté en el suelo y comencé a respirar profundamente, dejando que el escaso oxígeno llenase mis pulmones y me relajara.

El chico, aún muy pálido, me espiaba desde el agujero de la puerta. Sus manos todavía temblaban sujetando el fusil.

Creo que me quedé dormido intentando relajarme.

Según mi reloj eran las doce de la noche. Alguien había dejado delante mío un plato de latón con un espeso potaje que ya se había enfriado, pero que no me hubiera atrevido a comer aunque hubiera estado caliente.

Frente a mí, el chico seguía vigilándome. Sus manos reposaban sobre el fusil, sin sujetarlo. Su plato ya no contenía ni un solo gramo de comida. Los párpados comenzaban a estar gordos… en pocos minutos estaría dormido.

Permanecí inmóvil esperando que se durmiera. Disimuladamente abracé mi muñeca izquierda con la mano derecha y apoyé mis dedos en las venas, buscando el pulso.

Ya que no podía estar consultando el reloj, aquello me serviría para controlar el paso del tiempo.

En estado normal tengo cincuenta pulsaciones por minuto. Si quería dejar diez antes de abrir los ojos y ver el estado de mi guardián, tendría que esperar quinientos latidos de mi corazón.

Aquello podía ser más efectivo que contar ovejitas, pero me sobrepuse y comencé la cuenta atrás: quinientos, cuatrocientos noventa y nueve, cuatrocientos noventa y ocho…

… trescientos doce… trescientos once…

… doscientos cuarenta y tres… doscientos cuaren…

Una mano me acarició suavemente en el hombro.

Permanecí inmóvil unos segundos sin saber si abrir los ojos, o fingir que seguía dormido.

La mano anónima volvió a zarandearme.

Abrí los ojos.

Ante mí se hallaba un joven árabe de unos veinte años. Mi guardián yacía en el suelo completamente dormido.

El chico que me había despertado se llevó un dedo a los labios

pidiéndome silencio. Después, se giró y me indicó que le siguiese.

¿Qué era aquello: un salvador o una trampa?

Le obedecí sin tenerlas todas conmigo.

Antes de salir de mi prisión, el chico se volvió hacia mí y, señalando a su compañero, susurró:

—Yo dormir a él. Yo poner polvos en comida. Yo ser Habib.

Asentí con la cabeza, y le palmeé la espalda con cariño.

Habib sonrió como un perrito satisfecho por el premio, y asomó la cabeza hacia el exterior. Vi cómo miraba en todas direcciones y después desaparecía fuera de la celda.

Le seguí sin preocuparme de si se trataría de una trampa; me daba igual morir de un tiro mientras corría, que atado a una estaca, ante un pelotón de fusilamiento.

Habib avanzó en un ligero trotecillo, encorvado, buscando la protección que le brindaban los escasos arbustos y tiendas de campaña.

Me llevó hasta un coche viejo y destartalado. Allí, y tras mirar sobre sus hombros, me hizo entrar en el asiento trasero.

Él se sentó al volante y tiró una sábana a cuadros blancos y negros sobre mí, para cubrirme.

Oí el ruido del motor al arrancar; era lo más parecido al derrumbe de un rascacielos. Me imaginé que todo el campamento acudiría para ver de qué se trataba, pero no lo hizo nadie.

El coche comenzó a rodar sobre la tierra. Las suspensiones estaban en el mismo estado que el motor y yo me sentí zarandeado como si me hubiera introducido en el tambor de una lavadora. Oí cómo mi joven chófer intercambiaba algunas frases en árabe con otra persona, por lo que supuse que estaríamos saliendo del campamento.

Después, y a toda velocidad, comenzamos a rodar por un camino sin asfaltar. Habib me palmeó en la espalda, a la vez que me retiraba la tela que me cubría.

—Nosotros ya fuera. Nosotros a salvo.

Me froté por todo el cuerpo intentando calmar el dolor de los muchos golpes que me había dado contra todos los salientes del coche.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté sorprendido—. ¿Te puede crear problemas el haberme salvado?

—Tú americano… tú llevarme a América contigo. ¿Sí?

Lo hubiera hecho de buena gana. Me sentía completamente agradecido hacia aquel joven que, con toda certeza, me acababa de salvar el pellejo. Pero dudaba que las autoridades de inmigración de los Estados Unidos se hicieran partícipes de mi gratitud.

—Va a ser muy difícil —expliqué, intentando no darle de golpe una bofetada en sus sueños—. Necesitaremos tiempo, papeles…

—¿Yo no ir contigo? —preguntó a la vez que apretaba sus manos sobre el volante en un gesto inequívoco de que o íbamos los dos, o volvíamos al campamento.

—Lo arreglaré, no te preocupes. De una forma u otra, conseguiré meterte en los Estados Unidos.

Pareció tranquilizarse con mi respuesta y volvió a apretar, con energía, el acelerador. El coche transitaba por un camino que, con mucha generosidad, podría ser definido como de cabras. Ir allí era como estar dentro de una hormigonera con pinchos.

—¿Dónde vamos? —me atreví a preguntar.

—A tu país. A Estados Unidos.

Aquella respuesta no me tranquilizó. Confiaba en que aquel chico no pretendiera llegar a América en esta cafetera con ruedas.

—Pero, antes… ¿Dónde vamos a detenernos?

—Primero en pueblo cerca. Después a Beirut.

Esto ya me gustaba más. Al fondo podían divisarse las luces de una población. Pero, a mí, no rae serviría de nada. Una vez fuera de Beirut seria yo quien habría de cuidar del muchacho, pero hasta entonces yo era un naufrago y él, mi tabla salvadora. En el Líbano no se puede ser occidental y circular libremente por las calles de ningún sitio.

El pueblo al que nos dirigíamos, no tendría más que unos pocos miles de habitantes. Las casas eran de una o dos plantas y se veía animación por sus calles. A pesar de la hora que era, gran cantidad de gente transitaba por allí, así como vehículos pesados.

Nos detuvimos delante de una casa con aspecto de fonda, en cuya fachada todavía podían leerse algunos rótulos publicitarios.

—¿Comer? —me preguntó Habib—. Si tú tienes dólares, nosotros comer cordero.

Le guiñé un ojo, a la vez que asentía con la cabeza. Bajamos del coche y nos dirigimos hacia la entrada.

Por la calle circulaban varios camiones grandes y pesados, pero ninguno de ellos iba ocupado por gente armada.

Excepto un viejo Chevrolet que hizo su aparición, chirriando sus ruedas, por una de las esquinas.

Habib se sobresaltó al verlo aparecer.

—Mis compañeros. Tú esconder… esconder… yo también.

Y, antes de que pudiera hacer nada, mi amigo y salvador árabe había desaparecido de mi vista.

Era como si la tierra se lo hubiera tragado. ¿Por qué me había rescatado, si luego iba a abandonarme?

Me hallaba en mitad de la calzada, en línea recta con el morro del Chevrolet, mirando en todas direcciones, buscando un lugar por donde huir.

Desgraciadamente todos los habitantes de aquel poblado eran árabes, y vestían como tales.

Yo no.

Así que mí presencia era muy ostentosa.

Di un salto y me pegué a uno de los muros de una casa.

Cerré los ojos y aguanté la respiración, deseando no oír el chirrido de los frenos del Chevrolet, que me indicase que acababan de descubrir mi presencia.

Fueron unos segundos interminables, pero el vehículo pasó ante mí sin detenerse, haciendo más ruido que un carromato de feria.

Respiré aliviado y salí nuevamente a la calle.

El coche de Habib había desaparecido con él.

Estaba solo, completamente solo, no sabía dónde, rodeado por árabes hostiles dispuestos a venderme por unas pocas monedas.

Ni siquiera sabía hacia dónde dirigirme para salir del Líbano. Y no sería prudente parar a un transeúnte para preguntárselo.

Alguien me respondió a aquella pregunta.

Noté algo duro y frío que se apoyaba en mi espalda. Y oí una voz cascada y grave que me decía:

—Indiana James, camina hacia el frente sin hacer ni un solo movimiento sospechoso. ¡Y con las manos en la nuca!

Ya sabía hacia dónde debía de dirigirme.

CAPÍTULO VI

Caminé, empujado por el arma, hasta la mitad de la calle.

Allí, a mis espaldas, oí:

—¡Sorpresa! ¡Soy yo!

Reconocí la voz; era Lorna, Lorna Flannigan. Y el «arma», un mechero Bic.

No supe si darle un beso o una bofetada.

Al volverme vi que me observaba con los ojos radiantes de satisfacción.

—¿Qué tal te ha ido? ¿Qué has hecho? —me preguntó.

—Explícame, tú primero, qué haces aquí —contraataqué—. La última vez que te vi te apuntaban un grupo de milicianos.

—¿Aquello? ¡Eran muy buena gente, muy simpáticos! Cuando les dije que era periodista, se brindaron a acompañarme y enseñarme los campos de refugiados, las armas que usan, los entrenamientos de su gente… Después tuvieron que irse precipitadamente y me dejaron aquí. Mañana por la mañana sale un autobús hacia Beirut. Al amanecer, a las cinco y media.

Cuando dijo que «tuvieron que irse precipitadamente» me acordé de Habib y lo busqué con la mirada, pero no había ni rastro de él, ni de su coche.

—Y ahora, dime… ¿Qué has hecho tú?

Antes de contarle que llevaba en el macuto la prueba irrefutable de la muerte de Herman Hecht, le sugerí que fuéramos a la fonda y alquiláramos una habitación.

Cosa extraña en ella, me obedeció sin rechistar. Yo caminé hacia allí pensativo. Había algo en toda aquella historia que no me gustaba nada. Me parecía demasiada casualidad que Lorna y yo nos hubiéramos encontrado en una calle del perdido pueblo de «no sé

cómo se llama».

Además era muy extraño que ninguno de los milicianos que habían encontrado a Lorna, no hubieran pretendido incorporarla a su harén. Tampoco era fácil de explicar la increíble huida de mi prisión y la posterior desaparición de Habib.

Eran demasiadas las cosas que no encajaban en aquel «*puzzle*».

Un árabe de aspecto amable, aunque no muy limpio, que regentaba la fonda, se deshizo en reverencias ante nosotros cuando vio el fajo de billetes y tarjetas de crédito de Lorna.

—Es increíble, parece que estemos en una guerra mundial en la prehistoria, y todo el mundo, hasta en los rincones más perdidos de este país, te cogen las tarjetas de crédito. A pesar de ser un país en ruinas, sus ascendentes fenicios les hacen ser comerciantes natos. ¿Te has fijado la cantidad de beirutíes que van escuchando por la radio la última cotización del dólar? Parece que muchos de ellos no sepan leer y sin embargo…

—Sin embargo, por eso escuchan la radio, y no leen periódicos, porque no saben —dije yo cortando su discurso publicitario, en busca de un momento de tranquilidad para poder explicarle lo que me había sucedido a mí.

Era muy difícil conseguir que Lorna callase. Y más ahora, que estaba todavía bajo los efectos del Cursillo Acelerado de Nacionalismo Libanés.

—… son maravillosos. Para no utilizar la palabra «guerra», siempre hablan de «la situación»: «la situación es conflictiva», «Se ha agravado la situación»… Además, en Beirut, después de un bombardeo, es la misma gente, sin ayuda oficial, la que retira los escombros de las calles… ¡Y como no hay servicios de recogida de basuras, casi todo el mundo quema las suyas, para evitar que aparezcan epidemias! ¿Te imaginas pedir a los habitantes de Manhattan que quemen sus basuras, o a los de París, o Roma? ¡Los libaneses son maravillosos!

Mientras Lorna seguía hablando, el propietario de la fonda nos había conducido hasta el segundo piso, hasta una habitación que hacía juego con el mismo: ordenada, pero no muy limpia. Además, la fonda carecía de ducha.

A pesar de que no era el momento más adecuado, no pude por menos de sonreír al acordarme de que Lorna y yo teníamos una

noche pendiente. ¿Quizá sería esta noche? Como si hubiera leído mis pensamientos, la chica me dijo:

—Indy, hueles horrible: Si no consigues ducharte, dudo mucho que pueda dormir en la misma habitación que tú, sin quedar narcotizada.

No le contesté como se merecía, diciéndole que ella tampoco olía precisamente a Chanel n.º 5. Me limité a abrir la ventana y dejar que el olor del pueblo libanés entrara en nuestra habitación.

El hedor que nos invadió era un cocktel de tierra reseca, gasolina, carne de cordero asada y sudor, mucho sudor. Todo acompañado por el lejano rumor de los cañonazos, Pero Lorna, estaba tan ganada por las virtudes que le habían contado de aquel país, que se asomó a la ventana y respiró con profundidad.

—Es un olor inconfundible: cedros del Líbano.

«Cerdos del Líbano», pensé yo. Una selecta representación de los ganadores del concurso «Míster Marrano del Líbano».

Unos golpes en la puerta distrajeron nuestra atención. El dueño de la fonda, sin esperar a que pronunciásemos el tradicional «¡Adelante!», se introdujo en la pocilga que nos había adjudicado, llevando en las manos una bandeja que depositó sobre una de las sillas. Salió de nuestro cuarto entre mil reverencias, mientras yo inspeccionaba su presente: té con menta muy calentito, unos pastelitos de carne recién fritos y humeantes, y una verdura hervida que hubiera hecho las delicias de un esquimal en lo más crudo de la estación invernal.

Lorna se había unido a mí en la inspección, pero mientras que yo era incapaz de comer nada de aquello, la chica se metió un pastelito en la boca, y comenzó a beber té.

—¡Deliciosos! ¿No quieres probarlos?

Negué con la cabeza, mientras ella los atacaba sin piedad. Cinco minutos después la chica había acabado con toda la bandeja, incluido el ardiente brebaje que acompañaba la comida.

Me miró con aire satisfecho mientras me decía:

—Ahora cuéntame lo que te ha sucedido a ti.

Se dispuso a escucharme dejándose caer sobre una de las dos camas cubiertas por una manta que no debía de haber sido lavada desde los tiempos de Josué.

Empleé varios minutos en contar mi secuestro, mi vuelta al

conocimiento en mi prisión, la juventud de mi guardián y al llegar al episodio del fusilamiento de Herman Hecht, procuré hacerlo con la mayor suavidad posible.

—¡No puede ser! —protestó Lorna—. ¿Estás completamente seguro de que era él?

—Sí. Iba vestido exactamente igual que cuando bajó del avión. No tengo ninguna duda.

—Pero… dices que había mucha distancia…

—No te olvides de que llevaba tu máquina de hacer fotos, y tu teleobjetivo.

—¿Sacastes fotografías?

—Sí. Ya sé que hace falta un poco de sangre fría para hacerlo, pero no olvides que yo también soy periodista. Además creo que puede ser un último tributo a su memoria.

La chica no pudo evitar que sus ojos enrojecieran.

—Hicistes muy bien. Nuestra única arma es la denuncia. ¡Haremos que esas fotos den la vuelta al mundo! ¡Pobre Herman! —Y rompió a llorar.

Aproveché para pasar un brazo sobre sus hombros, mientras maldecía mi falta de previsión por no llevar un desodorante entre las muchas cosas que siempre acarreaba dentro de mi macuto o de alguno de los mil bolsillos de mi chaleco.

Ella soltó tres lagrimitas y, acto seguido, se separó de mí como si fuese un contagiosísimo leproso.

—Indy, de verdad, tienes un olor repugnante.

Se levantó de la cama de un salto, con facilidad, sin quedar adherida a la mugrienta manta.

Se asomó a la ventana nuevamente para aspirar un poco de oxígeno que le permitiera seguir a mi lado, y después se tendió sobre la cama.

—Lorna, tú y yo… esta noche…

—¿Con ese olor? ¡Imposible!

—¿Y si encontrase un sitio para ducharme…?

—En ese caso sí. ¡Nunca hubiera soñado poder hacer… el amor… con un tipo… como tú… en medio… de la fragancia… de los… cedros… del… Liba… no…!

Conforme iba pronunciando tan poéticas frases, sus ojos se habían ido cerrando, vencidos por el sueño.

¡Era mi ocasión!

Costase lo que costase, me daría una buena ducha, y volvería para despertarla de una forma especial, patentada por mí, que ninguna mujer rechaza.

Salí al rellano dispuesto a bañarme en leche de camella, si era necesario.

El dueño de la fonda me informó, que mi único recurso era hacerlo con *whisky* escocés, del mejor y más caro. Rechacé la oferta.

Me lancé a la calle dispuesto a preguntar a alguna de las muchas personas que, antes, había visto pasear por las calzadas y aceras de la localidad.

Curiosamente, la calle estaba desierta en estos momentos. Era como si una bomba de neutrones hubiera caído sobre el poblado. Las luces de las casas seguían encendidas y podía ver las sombras de sus habitantes, pasar entre las ventanas.

Decidí fumar un cigarrillo, esperando poder encontrar a algún rezagado de los paseos nocturnos.

Fumé, seguí fumando, y a mitad del cigarrillo nadie había pasado ante mí.

Fue entonces cuando escuché algo raro.

Me detuve a mitad de una profunda inspiración de nicotina.

Sí. Era el lejano ladrido de varios perros.

Pero… lo más sorprendente era que yo pudiera escucharlos, que el ruido de los cañonazos, obuses y morteros, permitiera pasar el débil sonido de la garganta de unos lejanos animales.

Y era porque no se oían explosiones. Habían cesado como si la paz hubiera estallado en el Líbano.

Comprendí entonces lo que nos había explicado Caspar van Eck: el sonido aterrador del silencio.

Conforme pasaban los segundos, los canes se fueron calmando y el silencio se adueñó de la noche.

Vi cómo los habitantes del poblado corrían a sus ventanas, las cerraban y apagaban sus luces con toda celeridad.

Desde donde estaba vi cómo la luz de la fonda se apagaba. Por unos momentos temí que algo pudiera pasarle a la chica, pero al recordar que estaba dormida, pensé que se habría despertado y apagado la luz para dormir mejor.

Y, en aquel momento, oí algo anormal.

Algo que me recordaba al lejano zumbido de unos bombarderos aproximándose a nosotros desde el horizonte.

Poco a poco, aquel ruido fue ocupando el espacio del sobrecogedor silencio.

Forcé mi vista, buscando algún aeroplano asesino, pero no era del cielo de dónde provenía el ronroneo de motores.

Era del suelo. Por el valle que había frente a mí, se veía una larga hilera de camiones que iluminaban la noche con las luces de sus potentes faros.

Resultaba muy difícil calcular el número de vehículos, ya que en las curvas aparecían y desaparecían sus luces. Pero, con toda seguridad, no habría menos de treinta.

Como yo había venido cubierto en el coche de Habib, me resultaba difícil saber si todo aquel convoy venía del campamento que habíamos abandonado, es decir, venían en mi búsqueda. Así que, como medida de precaución, decidí volver a la fonda, sacar a Lorna de la cama y buscar un sitio mejor para escondemos.

Comencé a correr hacia la puerta cuando, al comienzo de la calle, unas luces comenzaron a iluminar la calzada.

—¡Maldita sea! No conseguiré llegar a tiempo…

Dudaba mucho de que el dueño de la pensión no nos hubiera denunciado a los hombres del campamento. ¡Me había comportado como un ingenuo *boyscout*! Y lo peor era que Lorna iba a pagar, junto conmigo, mis errores.

Varios coches comenzaron a desfilar por la calle, a poca velocidad.

Yo, desde detrás de unas grandes tinajas de barro, estudiarlos sin que ellos repararan en mí.

Respiré hondo cuando vi que pasaban ante la puerta de la fonda sin detenerse. ¡Eso era señal de que no venían a por nosotros!

Más tranquilizado comencé a estudiarlos detenidamente.

Se trataba de una caravana de vehículos de todo tipo, procedencia, edad y modelos. Había furgonetas descubiertas americanas, turismos Fiat, Nissan Patrol «todo-terreno», viejos Volkswagen… pero todos ellos, llenos a rebosar de individuos armados que miraban fieramente en todas direcciones.

Afortunadamente, desde mi improvisado escondite, era difícil que me localizasen, lo cual me tranquilizó, ya que uno de los

milicianos, al ver encendida una ventana, abrió fuego sobre ella, sin mediar ni una sola palabra.

Parecía, por una parte, como si pretendieran llevar el convoy en secreto, sin que nadie se diera cuenta. Pero, por otra parte, eran lo suficientemente arrogantes como para obligar a todo el mundo a que ignorase su más que ostensible presencia.

No comprendía nada. Si aquello era una operación militar, el hombre que la había diseñado nunca llegaría a figurar en los libros de estrategia de combate.

También llamó mi atención el hecho de que el convoy carecía de banderas o enseñas de grupo alguno. Hasta aquel momento todos los comandos que había visto, llevaban en lugar bien visible sus banderas, pancartas y hasta las fotos de sus líderes.

Aquéllos no. ¡Eran de otro tipo!

Los coches, a no más de treinta por hora, tardaron casi diez minutos en cruzar ante mis ojos.

Después llegaron los camiones. Casi todos eran viejos transportes militares americanos, cargados de bultos y cubiertos por lonas.

Estuvieron pasando durante diez minutos más. Y conté cuarenta y dos pesados camiones.

Un nuevo grupo de turismos los seguía.

El último, el que cerraba la marcha, era un resplandeciente Mercedes Benz, último modelo.

Y allí, sentado junto al chófer, iba mi buen amigo Herman Hecht.

Con un impecable traje blanco y una salud a prueba de fusilamientos.

CAPÍTULO VII

Tardé unos instantes en reaccionar. Los suficientes como para que la caravana pasara ante mí y abandonara la población.

Corrí hacia la fonda a toda velocidad. Las luces del pueblo comenzaban a encenderse de nuevo y algunas paseantes volvían a salir a la calurosa noche, buscando un soplo inexistente de brisa.

Nada más entrar en el edificio en el que nos alojábamos, tropecé con el dueño. Me miró como si yo fuera una aparición.

—Tú… ¿No dormir? —me preguntó muy asustado.

Para demostrarle que estaba bien despierto, lo tomé por el escote de su chilaba y lo zarandeé un poco.

—¿Quiénes eran ésos del convoy? ¿Por qué has apagado la luz a su paso? ¿Dónde se dirigen? ¿Dónde estamos?

Comenzó a responder a mis preguntas en un inglés balbuceante, más por el miedo que por desconocimiento de mi idioma, ya que había entendido todo lo que yo le había dicho.

—Esto es Caarmek, un poblado del valle de La Bekaa… Ésos eran… combatientes… combatientes de alguna organización…

Volví a zarandearlo.

—¡No sé quiénes eran! Hay tantos grupos… además… no llevaban banderas…

Me acordé de Lorna, sola en la habitación y pensé que podría haberle ocurrido algo. Subí por las escaleras a saltos.

Lorna estaba en la cama, tal y como la había dejado.

Me acerqué a ella e intenté despertarla para contarle lo que acababa de ver, la resurrección de Herman Hecht. Pero lo único que conseguía era que su cabeza se agitase violentamente de un lado a otro.

La abofeteé. Una cosa que había tenido ganas de hacerle en

varias ocasiones, pero que hasta aquel momento no había podido realizar. Primero le di unos cachetes, después unas tortas y, finalmente, unas bofetadas que resonaron entre las paredes de nuestro dormitorio.

Nada. La chica parecía haberse convertido en una muñeca hinchable…, incapaz de reaccionar ante mí.

A Lorna le estaba sucediendo algo que no era normal. Lo descubrí cuando vi a un ratoncillo, dormido, sobre la bandeja de la comida.

¡Drogas! ¡Somníferos! ¡Por eso se había sorprendido el dueño de la fonda al encontrarme despierto!

Pero… ¿por qué? ¿Para qué no viéramos el convoy? ¿Por qué se habían tomado tantas molestias? A fin de cuentas, no éramos más que un par de engorrosos periodistas a los que, si se ponían muy pesados, se les podía fusilar, como a Herman Hecht.

No, Herman no había muerto. ¿Entonces…?

He de decirles que no actué con rapidez. Permanecí varios minutos dándole vueltas a la cabeza, con una serte de datos entremezclándose una y otra vez.

Valle de La Bekaa: un granero de drogas.

Mi captura y posterior libertad.

La «resurrección» de Herman.

La banda de traficantes de droga del Perú, que habían atrapado poco antes de partir nosotros, y de la que habían huido sus cabecillas.

Mi presencia en el falso fusilamiento de Herman.

La captura de Loma y su posterior «*tour* turístico».

Nuestro «casual» encuentro en un pueblo perdido de La Bekaa.

No.

No eran casualidades.

Todo aquello comenzaba a encajar, pero en otro orden.

Ya no podía emplear más tiempo en ordenar todos los datos. Lo primero era despertar a Lorna y salir hacia Beirut a toda velocidad. Ya pondría «en solfa» la historia por el camino.

Me cargué a la chica en el hombro como si se tratara de un fardo, y bajé las escaleras de tres en tres, sin preocuparme de los bamboleos de su cuerpo. Al llegar a la planta baja, sujeté mi macuto y su bolso con los dientes, y empleé la mano derecha en tomar al

dueño de la fonda por el pescuezo y preguntarle:

—¿Agua?

Se encogió de hombros. Le golpeé con la rodilla en la entrepierna. El, en un acto reflejo, extendió el brazo señalando una puertecita.

Allí había una ducha de plato. Deposité a Lorna en el suelo, abrí el grifo al máximo y la dejé bajo el chorro del agua, mientras volvía en busca del dueño.

Lo encontré justo cuando intentaba huir de su casa. Volví a tomarlo por el pescuezo y a preguntarle:

—¿Coche?

Esta vez no hicimos juegos de manos. Me señaló otra puerta, a la vez que hasta mis oídos llegaba el inconfundible grito de Lorna al despertarse.

Sin soltar a nuestro «guía», fui en busca de la chica.

—¿Has sido tú quien me ha dejado aquí? —preguntó airada.

—Es muy largo de explicar —le dije mientras la tomaba por la muñeca y le obligaba a seguirme—. Pero te diré que te han dado un somnífero, que acabo de ver a Herman Hecht vivito y coleando, que también he visto pasar un montón de marihuana sobre ruedas… y varias cosas más, que te explicaré cuando estemos en un coche rumbo a Beirut.

Por extraño que parezca, no protestó absolutamente nada. Se limitó a soltarse de mí, y coger los bolsos para que yo tuviera las manos libres.

El dueño de la fonda nos franqueó el paso hacia su garage, un corral en el que se hallaban «aparcados» un Volkswagen Golf y un tanque ruso, un
T-72.

¡Era justamente lo que necesitaba!

—¡Vamos al tanque! —grité yo, alborozado.

Una chica cualquiera, como Zenna Henderson, o incluso mi amiga Kobra, se hubieran asustado y me hubieran arrastrado hasta el psiquiatra más próximo.

Lorna no. Ella no es de esa clase de mujeres.

Se encaramó de un grácil saltó sobre la carrocería del tanque a la vez que gritaba histérica de felicidad:

—Yo me encargo del cañón y de las ametralladoras.

No opuse nada en contra. Me limité a dejar fuera de combate al dueño de la fonda y a seguir a la chica dentro de las tripas del vehículo. Ahora empezaba lo peor, tener que guiar al «trasto» hasta Beirut.

Me agradaba saber que Lorna se iba a ocupar de defendernos.

El T-72, es un tanque soviético que fue fabricado en el año 1872, y diseñado para una tripulación de tres personas. Va armado con un cañón de ánima lisa de 125 mm… una ametralladora PKT, y otra más, antiaérea. Y, lo que es mucho más importante: llega a alcanzar una velocidad de 80 kilómetros por hora.

Se trataba de toda una fortaleza rodante, que yo había visto con detalle en acción cuando estuve haciendo reportajes en la guerra iranoiraquí. Entonces había aprendido las pocas cosas que sabía del tanque y su manejo.

Por ejemplo, era capaz de averiguar cuánta gasolina tenía su depósito, qué munición llevaba…

Lo único que no sabía, era cómo conducirlo, pero cuando se marcha sobre un «castillo» como aquél, eso es lo menos importante.

El depósito estaba lleno. Lo puse en marcha y no me preocupé de nada más. Ya sé que la puerta del patio era demasiado pequeña para permitirnos salir, pero yo la dejé más acorde a las necesidades del tanque.

Luego fue cuestión de hacer puntería hasta colocarlo en paralelo a las casas de la calle mayor del pueblo, y apretar el acelerador.

Las pocas gentes que quedaban en la calle se sumergieron en sus viviendas al oír el ruido del tanque, a la vez que las luces de las ventanitas se iban apagando. Posiblemente, los habitantes de Caarmek debieron de creer que se trataba de un nuevo convoy.

En menos de diez minutos me había familiarizado con los mandos del T-72 lo suficiente como para lograr salir del pueblo sin destrozar ninguna casa, y también había aprendido el manejo del equipo de visión nocturna.

Tenía bastante para llegar hasta Beirut, ya que la autonomía de este carro de combate es de unos
500 km.

Comencé a silbar alegremente mientras Lorna bajaba a ayudarme a descifrar los mapas que había en su interior.

—Vamos por esta carretera… luego tendremos que tomar ésta… y después girar por aquí a la derecha… y este cruce a la izquierda… Si el convoy mantiene su velocidad, lo atraparemos pronto, pero si la aumentan…

—Seguro que lo hacen, pero yo estoy preparado para ello.

Y dejando sin aclarar mi frase, di un giro de volante, y decidí hacer un poco de «tanque-*cross*».

¡Es una gozada total! No hay que molestarse en esquivar arbolillos, ni en mantener el equilibrio en las zanjas, ni en vadear los ríos…

Aunque la velocidad de crucero disminuía notablemente de esta forma, comenzamos a avanzar hacia Beirut en línea recia, evitando todas las curvas y todos los controles que las diferentes milicias mantiene en las carreteras.

—Creo que es el momento de que me des una explicación —dijo Lorna al comprobar que el tanque estaba en buenas manos.

—Sí. Y lo peor es que no tengo ninguna certeza. Pero te voy a contar una historia: imagínate que un gran mafioso traficante de droga se encuentra perseguido por la policía. Le siguen, le están cercando, en Perú casi lo han atrapado. No puede seguir en esas condiciones… ¿Cuál es la mejor forma de que le dejen tranquilo?

—Eso… ¿cuál? —preguntó Lorna sin esperar a que cesara mi pausa dramática.

—Muy fácil: que todos crean que ha muerto. Para lo cual hace tiempo que está preparándolo todo. Va a fingir un secuestro aéreo, y después su propio secuestro. Cuando la policía averigüe que es el único secuestrado pensarán: «Se trata de un ajuste de cuentas entre traficantes. A Herman Hecht ya podemos darle por muerto». Con lo cual él, se busca una nueva personalidad y puede seguir trabajando en sus «negocios».

—Pero… ¡Todo lo que me cuentas es una novela de ciencia-ficción! ¿Qué pintamos nosotros en todo esto?

—Supongo que pura casualidad. Herman tropieza en el avión

con dos «alocados periodistas». Decide que puede manipularlos con facilidad. Si tú no te hubieras ofrecido «voluntaria» para acompañarle, los secuestradores te hubieran llevado de todas maneras. Una vez en Beirut, nos atacan por sorpresa, salimos huyendo por nuestra cuenta y nos pierden. Al día siguiente nos vuelven a localizar. ¡No hay muchos sitios en Beirut Oeste donde se puedan esconder dos occidentales! Entonces, a mí me llevan para que vea cómo «fusilan» a Herman. ¡Tienen la suerte de que hasta puedo tomar fotos, pruebas irrefutables de su muerte, que se van a publicar en todo el mundo!

—Quizá, al ver que yo no llevaba la máquina, te eligieron a ti para presenciar el espectáculo —puntualizó acertadamente Lorna.

—Sí, es muy posible. Una vez tenemos los «documentos», por casualidad, nos dejan en libertad. Por casualidad, en el mismo sitio. Y, como vamos a pasar la noche, nos ponen un somnífero, para que no veamos el convoy de droga, ni la «resurrección» de Herman. Pero yo, no tengo hambre, y les estropeo la jugada.

Los dos permanecimos callados durante un tiempo. Fue Lorna la que lo rompió con una típica pregunta femenina.

—De acuerdo, creo que esa historia tiene muchas probabilidades de ser cierta. Entonces, ahora… ¿Dónde demonios nos dirigimos?

—A Beirut. A destrozar su cargamento de drogas —respondí con toda la firmeza de un caballero andante.

Lorna se limitó a dar un prolongado silbido y añadir:

—Está bien. Enséñame cuanto antes a manejar las armas.

Empleé la media hora siguiente en hacerlo y, cuando acababa de explicarle cuáles eran los obuses explosivos, cuáles los incendiarios, los perforantes, y los de fragmentación, llegamos frente a Beirut.

Consulté mi reloj: eran las tres de la mañana. El convoy embarcaría su cargamento en plena noche, antes de que amaneciera. Por la ruta que habíamos seguido, teníamos que haber llegado antes que ellos. Sólo teníamos que esperar…

Fue solo una hora. El primer indicio de la llegada de los camiones vino dada por el cese de los disparos y cañonazos de la ciudad. Después, un par de avionetas comenzaron a alejarse de Beirut, sin que nadie hiciera fuego sobre ellas.

Al poco rato, el sordo sonido de los camiones llegó hasta nuestros oídos.

Estábamos «aparcados» en una callejuela lateral desde la que podíamos ver la calle de entrada a la ciudad. Los puestos de control se hallaban situados más adelante. Pero el convoy conseguiría atravesarlos sin mayores problemas, sin detenerse ni un solo segundo. Eso era lo que nos había contado Caspar van Eck: la única tregua en la guerra.

Ante mí desfilaron los coches de escolta. Después los camiones: uno… dos… veintiuno… veintidós…

¡¡¡FUEGOOOO!!!

El disparo de Lorna alcanzó de lleno a la casa que se hallaba situada frente a nosotros, y que se desmoronó sobre la calzada, partiendo en dos la columna.

¡¡¡FUEGOOOO!!!

El segundo disparo, incendiario, alcanzó de lleno a uno de los camiones que habían pasado el cerco.

El tercero a dos camiones atrapados por_ los cascotes de la casa, que comenzaron a arder.

Como banda sonora de la película, toda la artillería de Beirut comenzó a disparar al oírnos y no saber a qué se debían nuestros tiros.

Lorna se portaba como el mejor miliciano; mientras seguía disparando obuses, todavía tenía tiempo de utilizar la ametralladora contra los ocupantes de los camiones retenidos. Y, en un momento concreto del combate, me pareció verla usar la antiaérea contra una de las avionetas.

Yo, por mi parte, estaba maniobrando para entrar de lleno en el combate. Los subfusiles, ametralladoras, rifles y demás armas ligeras de los milicianos, no nos hacían ni siquiera cosquillas. Y yo podía disparar a placer sobre los camiones, que se iban incendiando por contagio, sin necesidad de mis disparos.

—¡Vaya olor a porro! —rugió Lorna—. Si seguimos cinco minutos más aquí, vamos a quedarnos más colgados que una percha.

No corríamos ese peligro. Yo estaba decidido a no quedarme allí, sino a ir en busca de Herman Hecht y hacerle tragar las lágrimas que me había hecho derramar.

Así que estaba haciendo avanzar al tanque hacia el final del convoy.

El espectáculo era digno de una película de grandes catástrofes: todos corrían en todas direcciones, unos pretendían sacar algún camión, y lo único que conseguían era chocar con otros vehículos, otros disparaban hacia todas partes… y era porque el «ambiente» estaba muy «cargado».

Entonces entramos nosotros con el tanque destrozando todo lo que encontrábamos a nuestro paso, buscando desesperadamente el Mercedes Benz.

Fueron sólo un par de minutos; el coche había quedado bloqueado por otros vehículos, y pugnaba por salir del atasco. Nosotros le ayudamos a base de disparar obuses sobre los coches que se interponían entre ambos.

Herman Hecht se había apeado y contemplaba aquel incendio de varios millones de dólares. Posiblemente, una buena parte de su fortuna estaba sirviendo para que todos los habitantes de Beirut disfrutaran de una ración gratuita de marihuana.

No era su día de suerte; después de ver arder su patrimonio, Lorna se lanzó sobre él desde lo alto del carro, gritando cosas que nunca se atrevería a escribir, sobre la madre de Herman.

Rodaron dándose golpes sin que nadie se preocupara lo más mínimo de su suerte. Ni siquiera yo, que estaba intentando frenar el tanque antes de estrellarme contra alguno de los vehículos incendiados.

No lo conseguí. El cañón perforó la lona de uno de los pocos camiones que no eran pasto de las llamas, y lo empujé por delante como si yo estuviera pilotando una excavadora. No conseguí desprenderme de él y, al hacer girar la torreta lo empujé contra otro de los camiones.

Abrí la compuerta que había dejado cerrada la chica y me asomé, mientras el tanque seguía haciendo su recorrido libre.

—¡Rápido, tráelo aquí! —le grité a Lorna.

Ella me obedeció con más facilidad de la que se podía esperar de una hija única de millonario tejano: tomó a Herman por la trasera del cuello de la camisa, mientras dejaba que su otra mano libre cruzara bajo las piernas del alemán, y se cerrase sobre el punto donde se juntaban sus muslos.

Herman dio un prolongado aullido, pero no se resistió cuando la chica lo alzó por encima de su cabeza y lo depositó en mis brazos.

Yo, sin muchos miramientos, lo introduje por la compuerta de la torreta, mientras Lorna se encaramaba al tanque.

Después, cuando estuvimos los tres juntos en el interior de mi «carro», me froté las manos preparándome para dar a Herman su merecido.

No pude hacerlo.

Los impactos de bala comenzaron a estallar sobre el blindaje del tanque, me asomé fugazmente por la ventanuca y pude ver cómo combatientes de todas clases acudían a la zona de combate.

Todos se habían puesto de acuerdo en dejar pasar al convoy, porque todos cobraban.

Todos se habían enfadado al ver surgir problemas, porque eso significaba no cobrar.

Todos habían decidido acudir a rescatar el convoy, para ganarse la «gratitud eterna» de los traficantes.

Todos habían encontrado algún grupo rival.

Y todos, por supuesto, abrieron fuego casi a la vez, contra todos.

En pocos instantes se gastó en aquel pequeño cruce de calles más munición que en un día entero de la Segunda Guerra Mundial, en todo el planeta.

Lorna amartillaba con fiereza un subfusil, mientras decía enérgicamente:

—Hemos de hacer algo.

—Sí —le contesté yo—. Huir lo antes posible.

Sin esperar su aprobación puse en marcha nuevamente el tanque y comencé a maniobrar para salir del atasco pero no era fácil.

Miles de milicianos, apostados en todas partes, abrían fuego entre sí, incapaces de descubrir quién era el que había producido aquel caos.

Afortunadamente todos estaban tan ansiosos por acusar a su más importante grupo rival, que nadie se preocupó de nuestra marcha, así que cinco minutos después, transitábamos tranquilamente por una desolada calle de Beirut, mientras al fondo se oía un fragor de combate como nunca se había escuchado en la ciudad.

¿Qué hacer? ¿Dónde ir?

—Si lo llevamos ante Caspar van Eck… ¡Seguro que su agencia de noticias nos compra la exclusiva a buen precio! —dijo Lorna.

Me pareció una propuesta muy aceptable, así que le indiqué que

rebuscase entre los mapas un plano de Beirut que nos llevase ante la sede de la agencia.

Lorna me fue guiando:

—¡Por aquí no! Es dirección prohibida… —me decía en ocasiones.

—No te preocupes, no nos pasará nada aunque choquemos.

Y no lo hacíamos, pero, en la calle Mahsabi, tropezamos con una casa derrumbada que nos cortaba el paso. Detuve el tanque, para dar marcha atrás.

Primero oí un ruido sordo en la carrocería, después el chirrido de los goznes de la puerta de torrecilla y, por último, vi un rifle *Express* 222 que nos apuntó.

—Interpol —dijo una voz grave, a la vez que una mano colocaba una cartera abierta ante las narices de Lorna—. Venimos para hacernos cargo de Herman Hecht.

No se podía replicar nada: el rifle era un buen argumento.

Antes de que Lorna pudiera protestar, ayudé a Herman Hecht a salir del vehículo.

—Gracias —dijo la voz grave—. Nunca os olvidaremos.

Y después cerró la puerta con un seco golpe. Estuve completamente seguro de que Herman Hecht y sus amigos nunca nos olvidarían.

Yo tampoco olvidé nunca la bronca de Lorna por dejar escapar nuestra «exclusiva» periodística.

Ni las carcajadas de Caspar van Eck, con su pierna enyesada:

—¿La Interpol? ¿Aquí en Beirut? ¡¡¡¡JAAAJJJAAAAAAJJJJJAAAA!!!!

Supongo que se imaginarán el resto: Lorna salió de mi vida con la misma velocidad con la que había entrado. No sin lanzar abundantes maldiciones y juramentos sobre sí, mi familia, mis ascendientes, descendientes y antepasados.

Sólo olvidó un pequeño detalle: yo tenía su máquina de fotografiar y su cartera, en la que había más de cinco mil dólares en billetes.

No sabía dónde localizarla para devolvérselo y, por otra parte, yo siempre había deseado recorrer Europa con algo de dinero en el bolsillo: Monaco, Capri, Torremolinos, Cortina
D'Ampezzo,
Viena…

Mientras el avión me llevaba hasta la Selva Negra de Alemania, concillé el sueño, como ya se estaba convirtiendo en una costumbre, leyendo los titulares de la prensa:

> AYER, EN BEIRUT, SE REGISTRO EL MAS FEROZ COMBATE DE LOS ULTIMOS AÑOS, EN EL QUE PARTICIPARON TODAS LAS MILICIAS ARMADAS. SE DESCONOCE EL MOTIVO DEL ENFRENTAMIENTO, AUNQUE SE PRESUME QUE PUEDA TRATARSE DE ALGUNA OPERACION MONTADA POR LAS «MILICIAS ATEAS DE ALA» PARA HACERSE CON EL PODER EN EL SECTOR OESTE DE LA CAPITAL. «FUE UNA CARNICERIA —AFIRMA EL CORRESPONSAL DE TRUST PRESS—, PARECIAN DROGADOS».

Cerré el periódico y me dispuse a dormir.

No pensaba preocuparme de mi futuro hasta que se me acabase el último dólar de la «Herencia» de Lorna Flannigan.

Y así lo hice.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase: «Judy con esquíes en Los Diamantes», número 23 de esta colección. < <

[2] «La amenaza invisible» es el número 9 de esta colección. < <